

MIRADA DE ETERNIDAD



FRAY JOSÉ LUÍS SANTOS GÓMEZ

MONJE TRAPENSE

Dedicado a M. A. P.,
a mi Comunidad de Santa María de Oseira,
y a la de Santa María del Paraíso.

INTRODUCCIÓN

Con frecuencia uno quisiera escribir algo, pero no siente inspiración por parte alguna. Pasa algo de tiempo y, cuando ya se le ha pasado ese deseo, se encuentra con un puñado de ideas en la cabeza que le hacen ponerse a escribir.

Algo de esto me ha ocurrido a mí últimamente. Ese puñado de ideas me ha movido a escribir sobre muy diversas cosas, pero vistas todas ellas con una mirada que me gusta llamar **MIRADA DE ETERNIDAD**.

Es algo así como ver todo lo creado: hombres, mujeres y cosas con un modo de ver que lo envuelve todo pero que al mismo tiempo lo trasciende a todo porque la mirada descansa en el horizonte lejano donde parecen unirse el cielo y la tierra.

Es una manera de ver las cosas que puede iluminar a otras personas y siempre es una buena y bonita misión la de ayudar a ver el camino de la vida.

Voy a reflexionar sobre varios temas que no tengo en este momento en mi cabeza, pero que sin duda irán surgiendo, poco a poco.

Tengo la esperanza de esa mirada de eternidad con la que voy iluminar los diversos temas de este pequeño libro sea capaz de despertar en algún lector profundidades desconocidas para él, pero que las lleva consigo y que esperan que alguien las despierte.

En diversos capítulos del libro se habla de una monja jerónima, que ingresó en el monasterio muy joven, y que, cuando la conocí, ya era bastante mayor y estaba siempre en cama sin valerse por sí misma para nada, pero que esperaba con mucha ilusión la llegada de Jesucristo para llevársela con Él al cielo.

Ya murió y sin duda se habrá cumplido su amorosa y alegre esperanza.

LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO

Hay personas de una inteligencia superior de la que brota luz propia. Otras somos de menos inteligencia, pero también podemos iluminar...

En la noche las estrellas guían la ruta de los marinos que se encuentran en medio del mar ancho y dilatado. De esas estrellas unas tienen luz propia y otras la reciben del sol. Yo soy como las segundas. Si en mí algo puede iluminar el camino de otras personas es porque lo recibo del Origen de toda luz, de la Luz del mundo.

Sé muy bien que **“la Luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron”**, pero sé también que un discípulo de la Luz tiene que predicar a tiempo y a destiempo. Siempre hay alguna persona necesitada de iluminación y deseosa de recibirla.

Es verdad que el mundo actual, creo que en mayor grado que en tiempos pasados, tiene recursos para autoconvencerse de que no necesita luz de nadie para caminar por la vida, pero, por más que intente persuadirse de ello, sus seguidores no son felices nada más que en la epidermis de sí mismos. Con el correr de los años, la persona que vive en esa superficialidad está abocada a la depresión propia de quien está llamado a vivir una vida interior casi divina, y se ha contentado con vivir llevado por el goce efímero del pecado.

Llevamos en nosotros mismos el principio de la felicidad y de la desdicha. Cuanto más cortos sean los horizontes de nuestra vida más inclinación sentiremos a vivir siguiendo los criterios de la carne y de la sangre, es decir, más superficialmente. Cuanto más se dilaten los horizontes de nuestra vida, mayor interioridad tendremos y más nos regiremos por los criterios del espíritu.

De lo que estoy diciendo podemos sacar la conclusión de que el problema fundamental de los hombres y de las mujeres es un problema de horizontes.

En muchos momentos de mi vida he recordado el título de una película de los tiempos de mi infancia: **“Horizontes lejanos”**.

A la mayoría de las personas actuales, y podríamos decir de todos los tiempos, le faltan estos horizontes. Esta es la causa por la que con frecuencia choquen unos con otros como les ocurre a las hormigas.

Jesús ha llamado siempre y seguirá llamando cooperadores suyos, para que anuncien el Evangelio a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos. El Evangelio con su mensaje de amor a Dios y a los hermanos y de promesa de una vida eterna después de esta temporal, dilata al máximo los horizontes de todo el que lo acepta.

Se cuenta que en una mina de carbón hubo un derrumbamiento de una galería. Varios de los obreros que se encontraban en su interior pudieron escapar, pero uno quedó atrapado y le fue imposible salir a tiempo.

Inmediatamente se pusieron en movimiento las brigadas de salvamento con el fin de poder sacarlo con vida. Trabajaron sin descanso, pero sólo pudieron descubrir su cuerpo muerto al segundo día.

Al derrumbarse la galería se abrió un boquete en el techo a través del que penetraba en aquella angustiada oscuridad un rayo del sol.

El minero en su angustia no dejó de mirar aquella luz que le venía del exterior, y cuando se sintió morir, se acostó sobre el suelo con los ojos muy abiertos mirando hacia aquel rayo del sol. Al encontrarlo sus compañeros vieron sus grandes ojos abiertos en los que se reflejaba la luz del sol.

Ahora se desprecia mucho la religión, y quizá más que ninguna la cristiana.

Hubo un pobre hombre que dijo: **“La religión es el opio del pueblo”**. Quitaron la religión al pueblo para que viviese la vida a tope, y muchas personas mueren o quedan taradas a causa de las drogas – del opio – en las que se refugian para encontrar una vida feliz que les haga olvidar la angustia de una vida envuelta por la oscuridad en la que solamente queda el pequeño rayo de la religión que penetra por el techo del recuerdo de la niñez en la que todo era luz.

Si la gente fuera consciente de cómo las dirige el espíritu del mal se asombraría, pero no es capaz de verlo.

Si el hombre se conociese sólo un poco se daría cuenta de que no puede alcanzar la plenitud sin la religión. Dios nos ha creado a su imagen y semejanza y, como sólo Dios es mayor que el hombre, nunca podremos ser felices al margen de DIOS: **“Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti”**.

En el fondo lo que ocurre es siempre lo mismo: El hombre quiere ser como Dios y que nadie le gobierne. Pero el hombre al margen de Dios se estrella contra sí mismo y no puede encontrar la felicidad.

Somos un misterio para nosotros mismos y tan profundamente religiosos que, cuando queremos hacer desaparecer la religión de nuestra vida y de la de los demás, aunque no lo creamos estamos llevando a cabo un acto de religión por más equivocadamente que lo estemos haciendo.

Al querer hacer desaparecer todo vestigio de religión nos estamos dando culto a nosotros mismos, porque nos hemos puesto en el lugar que sólo a Dios le corresponde.

No tengo necesidad de Dios, porque **“a mí no hay Dios que me pida cuentas”**. No necesito para nada de Dios, porque yo soy dios de mí mismo y vivo para mí mismo sin necesidad de otro ser superior a mí.

Pasan los años y ese dios de bolsillo que él se había fabricado empieza a ser un hombre lleno de necesidades y enfermedades. Su altanería es abajada hasta la nada. Sus familiares lo llevan a una residencia o a un asilo. Antes de morir tal vez se dé cuenta de su necedad y pida perdón al Dios verdadero, al que en su niñez rezó con alegría y felicidad.

Casi al mismo tiempo moría una monja cercana a los 90 años, llamada Pilar. Había ingresado en el monasterio a los 15 años. Como él llevaba postrada en cama varios años sin poder moverse. Con frecuencia le dice a una de sus hermanas:

“Jesús ya no tardará mucho en venir a buscarme, ¿verdad?”

Cada día vive una espera amorosa y alegre de Aquel a quien siempre aceptó como a su Dios y Señor, y ahora espera feliz el encuentro con su Esposo y Señor.

Como decía Miguel de Unamuno: **“Al morir se va a brillar a otro mundo como el sol de atardecer se va a iluminar otros mundos”**.

Cada uno cosecha lo que siembra: Pilar luchó por servir con amor a su Dios y Señor y ahora espera el encuentro con el que sirvió siempre con tanto amor. El otro se encuentra con su pobreza y con su equivocación.

En los dos se han cumplido estas palabras de un salmo:

“El Señor es sublime, se fija en el humilde y de lejos conoce al soberbio”.

En los dos hay una capacidad casi infinita de Dios. Pilar la llenó sirviendo con amor al único que podía llenarla. Aparentemente perdió su autonomía, su independencia y su libertad, pero en ella se cumplieron las palabras de su Dios y Señor:

“El que quiera salvar su vida la perderá, y el que la pierda por mí y por el Evangelio, la salvará”.

Es de suponer que los dos tenían fe, porque los dos fueron bautizados en la niñez y los dos recibieron los sacramentos de la iniciación; los dos rezaron en su infancia, y los dos siguen siendo religiosos, porque cada cual a su manera ha dado culto a Dios: ella al Dios personal y verdadero; él a su dios personal y falso, a su **“ídolo de madera que no puede salvar”**.

¿Cuál será la causa de que unos permanezcamos más o menos fieles al Dios verdadero y otros se aparten de Él para darse culto a sí mismos?

El Dios verdadero nos impone una moral exigente que tiene como fin el desarrollo de la vida del espíritu. Esto implica una renuncia a vivir según la carne, a negarse a sí mismo, a cargar con la cruz y a seguir a Jesucristo.

El dios falso de nuestro yo nos incita a la no aceptación de esa moral y de cualquier otra, porque **“a mí no hay Dios que me pida cuentas”**. Soy yo, y solo yo, el que tiene que determinar lo que es bueno y malo, porque soy libre, creado a imagen y semejanza de Dios.

Pilar aceptó esa moral y se sometió con entera libertad a la voluntad de Dios sobre ella, por eso se acerca a la muerte con la libertad de los hijos de Dios, y con la certeza de que, al morir, va a encontrarse con el Dios verdadero que dará plenitud a su libertad y que le dará también, pero en la plenitud absoluta, esa vida que ella perdió por amor a Él.

El otro... Hay que suspender el juicio sobre él, y sobre todo alejar lejos, muy lejos, una condena, porque **“¿quién conoció la mente del Señor?”** Es suficiente, de momento, fijarse bien en el desenlace de los dos.

Tal vez recibió un mal ejemplo de alguien que debería darlo siempre bueno... A lo mejor esta fue la causa por la que Jesucristo dijo: **“Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que ellos hacen”**.

Lo cierto es que dentro de cada uno de nosotros se entabla una lucha a muerte entre el bien y el mal, entre Dios y el espíritu del mal.

¿Por qué en unos vence el bien y en otros el mal?

Los partidarios del espíritu del mal se ríen de los que seguimos el bien y, para estar siempre junto a Dios, nos negamos a nosotros mismos, cargamos con nuestra cruz y lo seguimos.

Los horizontes de los malos son muy pequeños. Cuanto más se entregan al mal menos horizontes tienen. Sólo ven lo inmediato, lo que se toca y se huele y se gusta. Ni remotamente pueden imaginarse los horizontes casi infinitos que tienen los que se niegan a sí mismos y siguen a Cristo.

¡Qué vidas tan distintas! Ellos gozan y disfrutan de esta vida sin pararse a pensar en que se va a acabar muy pronto. El final siempre los sorprende. Mueren como un animal más, rebelándose contra la muerte, y a veces también contra Dios.

Los seguidores de Cristo han contemplado en la fe horizontes casi infinitos de luz y de amor, y, al morir, se sumergen en ellos para toda la eternidad.

El temor a la muerte hace vivir como esclavos a los malos", por eso se entregan a disfrutar de los goces de esta vida, para olvidarse de su fin.

Los buenos tienen todos los días la muerte ante sus ojos, y están convencidos de que **"la muerte les va a dar lo que no les ha dado la vida: Entregarse"**.

Todos somos muy débiles, y, en esta vida, no es fácil llegar a una entrega total a Dios. Al morir podemos llegar a esa entrega, porque nos tenemos que lanzar, sin posibilidad de quedarnos con algo, en las manos de Dios. Además para un fiel seguidor de Cristo la verdadera vida empieza al morir, porque Él, que es el Hijo de Dios, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, nos ha asegurado que se ha ido a prepararnos sitio, porque **"en la casa de mi Padre hay muchas estancias. Cuando me vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros"**.

Los seguidores de los principios del malo se ríen de nosotros, porque para ellos sólo existe esta vida y, como dicen muchos jóvenes, **"la vida hay que vivirla a tope"**. Y como han dicho los seguidores del malo de todos los tiempos: **"Comamos y bebamos que mañana moriremos"**.

Hace ya muchos años que yo intento seguir con fidelidad al Maestro de los hombres. Su doctrina, su Evangelio, y el contacto personal con Él durante tantos años, han dilatado mucho los horizontes de mi vida y los han hecho casi horizontes de eternidad. Para poder otear esos horizontes me ha dado una mirada de eternidad, que me capacita para ver muy lejos, muy lejos. Esta mirada de eternidad no es huidiza, es decir, no se evade de los demás hombres y mujeres de la tierra, sino que es semejante a un rayo de sol que ilumina todo aquello sobre lo que recae, infundiéndole calor e iluminándolo.

Es verdad que los seguidores del malo llevan sobre sí un caparazón de escamas que impiden que estas cosas penetren en ellos; y no sólo eso, sino que se ríen de ellas y de los que las decimos y procuramos vivir de ellas.

De todas formas un seguidor de Cristo debe **"predicar a tiempo y a destiempo"**, porque **"Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimien-**

to de la verdad”, y se vale de todo para salvar al pecador, que siempre es un hombre o una mujer que desconoce su grandeza y en vez de vivir como un hijo de Dios, oteando horizontes cada vez más lejanos, se entrega al goce efímero del pecado.

Es una pena que no tenga un estilo literario del agrado de la mayoría de mis contemporáneos y una sabiduría acorde con mi mirada de eternidad, pero haré lo que pueda, porque como dice San Bernardo de Claraval: **“El que hace lo que puede, aunque no haga lo que debe, será escrito en el libro de la vida”**.

Es mi deseo tratar de varios temas, vistos con mirada de eternidad y fijándome sobre todo en el lado positivo, que es el de Dios.

¿QUÉ ES EL HOMBRE?

Es bueno empezar diciendo que el hombre es un misterio para sí mismo. Nunca acabamos de saber bien lo que somos. Cuando parece que hemos llegado al límite de nuestro propio conocimiento nos sorprendemos a nosotros mismos con un nuevo descubrimiento.

Por supuesto que no somos infinitos, pero no andamos lejos de la infinitud. La razón es que **Dios nos ha creado a su imagen y semejanza.**

La imagen divina que llevamos, o tal vez sea mejor decir que somos, trae consigo tres inmensos regalos –por llamarlos de alguna manera- : **LA COMPATIBILIDAD CON DIOS**, es decir, Él se puede comunicar con nosotros y nosotros con Él, por eso llegará el momento en que Dios se revele a nosotros por medio de la Sagrada Escritura, y como resultado de esta revelación el hombre responderá a Dios por medio de la oración. Además trae consigo también **LA CAPACIDAD DE DIOS, Y LA RECTITUD.**

SER CAPACES DE DIOS quiere decir que sólo Dios puede llenar la profundidad del hombre. Por más cosas que metamos en esa profundidad nunca podrá llenarse.

Al mismo tiempo quiere decir ni más ni menos que **SÓLO DIOS ES MÁS QUE EL HOMBRE.** Nada, absolutamente nada, puede llenar esa profundidad. Nada, absolutamente nada, puede hacer que el corazón humano encuentre el descanso y la plenitud.

Aquí empieza el drama del hombre y de la mujer, porque, fuera de Dios, somos seres insaciables: si buscamos la felicidad en el dinero, siempre querremos más y más. Si la buscamos en el placer, siempre apeteceremos más. Si la buscamos en la fama, jamás nos sentiremos satisfechos, sobre todo si tenemos contrincantes que la busquen como nosotros.

Por cualquier lado que la busquemos nunca estaremos satisfechos, porque somos capaces de Dios que es infinito, y las cosas creadas todas son finitas.

La imagen divina nos regala también **LA RECTITUD**, es decir, una orientación de todo nuestro ser hacia Dios.

De esta orientación rectilínea hacia Dios se sigue que el hombre es religioso por naturaleza. En cualquier cultura, por más primitiva que sea, se descubre la religiosidad del hombre.

Negar al hombre la religiosidad es hacer de él **UN ALMA CURVA**, es decir, hacer que su rectitud se encorve sobre sí mismo y sobre las realidades de este mundo.

De esta manera el hombre vive en una gran tensión, porque constitutivamente es **RECTO –ORIENTADO HACIA DIOS-** y se ha hecho **CURVO –ORIENTADO HACIA LAS CRIATURAS.**

En esto consiste el pecado.

Por más que pequemos jamás perderemos la capacidad de Dios y siempre podremos recuperar la rectitud del alma, que es lo mismo que decir que el hombre **NUNCA** dejará de ser religioso.

LA SEMEJANZA DIVINA nos regala tres cosas de inmensa riqueza: **LA INMORTALIDAD, LA SIMPLICIDAD Y LA LIBERTAD.**

Así es como fuimos creados por Dios. El pecado original ha herido mortalmente estas tres cualidades, y así la **INMORTALIDAD** ha quedado ensombrecida por la muerte del cuerpo; **LA SIMPLICIDAD**, por la duplicidad, y **LA LIBERTAD** por la coacción.

Esta riqueza que se desprende de la semejanza divina se pierde más y más a causa del pecado, es así como, a semejanza del hijo pródigo, vamos al **país de la desemejanza.**

Salvo algunas excepciones, la vida de todos los santos y de las personas espirituales ha sido un camino de regreso desde el **país de la desemejanza** al que nos llevó el pecado al **país de la semejanza**, en el que poco a poco vamos recuperando la riqueza de la semejanza divina.

Somos un ser casi infinito con una herida mortal.

Toda esta riqueza descansa sobre la triple zona de que el hombre se compone: **CUERPO, ALMA Y ESPÍRITU.**

Lo más noble y rico es el **ESPÍRITU.** Es algo así como el núcleo de nosotros mismos. Tan nuclear que en un porcentaje muy alto lo desconocemos. Nos conformamos con hablar del alma y del cuerpo.

Es cierto que esa triple zona de nuestro ser es la que forma al hombre y a la mujer. Nadie puede ser sólo alma o sólo cuerpo o sólo espíritu.

Desde que somos conscientes de nosotros mismos empieza en nosotros una lucha, nunca terminada del todo, entre estas tres realidades.

En todo el mundo hay tres clases de hombres: los **SOMÁTICOS**, los **HÍLICOS** y los **NEUMÁTICOS.**

LOS SOMÁTICOS son aquellos en los que domina el **SOMA**, es decir, el cuerpo. En los **HÍLICOS** predomina la razón. En los **NEUMÁTICOS**, el **NEUMA**, o sea, **EL ESPÍRITU.**

Como he dicho hace un poco, nadie puede ser solamente una de esas tres realidades, sino que siempre será las tres a la vez.

EL ESPÍRITU atrae hacia sí al **ALMA**, en la que podemos distinguir dos “zonas”, la que está íntimamente unida al **ESPÍRITU**, el **ánimus**” y la que vivifica al **CUERPO**, el **ánima.**

Tanto el espíritu como el cuerpo tiran del alma hacia sí. Si vence el espíritu, todo nuestro ser, también el cuerpo, se va espiritualizando. Si vence el cuerpo, todo nuestro ser se va animalizando.

Esas tres zonas de que estamos compuestos se comunican entre sí, por eso cuando vence el espíritu, nuestra vida espiritual invade, en mayor o menor grado, el

alma y el cuerpo. Cuando vence el cuerpo, la animalidad penetra de alguna manera en nuestra alma y en nuestro espíritu.

La vida animal de nuestro cuerpo hay que tenerla a raya por medio de la negación de sus pasiones y apetencias.

En cierta ocasión le preguntó alguien a un hombre muy vago: “**¿Tú nunca has tenido ganas de trabajar?**”

Respondió: “**Muchas veces, pero me las aguanto**”.

Esto es lo que ocurre a muchas personas: sienten ganas de dominar las apetencias de su cuerpo, pero se las aguantan. De esta forma nunca llegan a ser espirituales. En algún momento de su vida se dieron cuenta de que esa negación y dominio eran necesarios, pero alguien les dijo que el cuerpo había que valorarlo y que esas ideas de penitencias y dominio de lo corporal eran ideas de tiempos pasados en los que se desconocía la riqueza y hasta la santidad de nuestro cuerpo.

El resultado es que cada día hay menos espirituales; tal vez haya muchos muy bien formados y de grandes conocimientos de las ciencias naturales, pero parece que no abundan mucho los santos, que suele ser donde acaban los espirituales. A lo mejor es por casualidad...

El otro resultado, mucho más inferior que el anterior, es la abundancia de animales racionales que tienen más de animales que de racionales.

En estas personas es el cuerpo el que domina y su influjo penetra en el alma y de alguna manera se extiende hasta el espíritu.

Son los que dicen que “**la vida hay que vivirla a tope**”, pero con los criterios del cuerpo. Los espirituales de verdad hacen suya esa frase: **La vida hay que vivirla a tope**”, pero con criterios espirituales.

En cuanto a los primeros tenemos esta juventud de las movidas y las litronas; la prostitución a grandes escalas; los desfalcos; la frivolidad de las revistas del corazón y de algunos programas televisivos; la infidelidad en la vida matrimonial y en otros órdenes aún más sagrados...

Con relación a los segundos tenemos sobre todo a los santos, y a todas esas personas, hombres y mujeres de todas las edades, que ven las cosas con una mirada de eternidad que les capacita para descubrir la belleza de la creación, las necesidades de sus hermanos, las equivocaciones de los que se rigen por los criterios del cuerpo...

Hay una cosa muy curiosa, y es que los espirituales siempre viven en relación con Dios, siempre lo admiten en sus vidas. Si Dios frustrase la personalidad y la grandeza del hombre, los espirituales no se realizarían a la altura y profundidad a la que se realizan.

Los que se rigen por los criterios del cuerpo y algunos de los que se rigen por los de la razón prescinden de Dios y de la religión, pero en vez de realizarse a gran altura o profundidad viven en la epidermis de lo que es un hombre y una mujer. Si hacen algo grande suele ser por caminos equivocados que perjudican a la humanidad y a la creación.

AMOR

Alguien ha dicho que “el arte de las artes es el arte del amor”. (“*Ars ártium ars amóris*”.)

La gran definición de Dios que nos ha dado la Sagrada Escritura por medio del Apóstol San Juan es ésta: **“DIOS ES AMOR”**.

Nada nos asemeja tanto a Dios como ser capaces de amar.

El amor de Dios es oblativo y desinteresado. No busca sus intereses sino el de los demás: **“TANTO AMÓ DIOS AL MUNDO QUE ENTREGÓ A SU HIJO ÚNICO”**.

“En esto se manifestó el amor de Dios en que dio su vida por nosotros”.

“DIOS NO SE RESERVÓ A SU PROPIO HIJO SINO QUE LO ENTREGÓ A LA MUERTE POR NOSOTROS”.

La persona que acepta a Dios en su vida y se rige por sus criterios divinos, poco a poco aprende a amar de manera semejante a la de Dios.

“Que nadie busque su propio interés sino el de los demás”.

“Considerad siempre superiores a los demás”.

Por haber sido creado a imagen y semejanza de Dios el hombre no puede vivir sin amar y sin ser amado.

Entran ahora en juego los criterios por los que se rige cada hombre. Si se aceptan los criterios de Dios, se ama al modo divino; si se rige uno por los del cuerpo, amará de modo animal buscando su satisfacción personal y sobre todo corporal. Si ama con criterios simplemente de razón, seguramente buscará su fama personal, aunque sea haciendo algo para los demás.

El hombre profundamente religioso, al poseer una mirada de eternidad, es capaz de amar viendo a Dios en el prójimo y pensando en la vida eterna. Con gozo entregará su vida en servicio de Dios y de los hermanos, y se acercará a la muerte con la paz de Pilar, esperando el encuentro de amor con la Persona a la que amó sobre todas las cosas, y por cuyo amor amó a su prójimo.

El hombre animal, que se rige por los criterios del cuerpo, ve en los demás un medio para buscar su satisfacción y para enriquecerse. Se ríe de los criterios de los santos. Es como un bruto animal que se regodea en sus pasiones.

Ni por asomo es capaz de otear horizontes lejanos; no me refiero a los de la tierra sino a los interiores, porque los horizontes más lejanos, los de eternidad, están dentro de nosotros: **“EL REINO DE DIOS ESTÁ DENTRO DE VOSOTROS”**.

Esta clase de personas se compadecen, por ejemplo, de las que viven en un monasterio. Éstas, en cambio, “se levantan todos los días a vivir el mismo día”. Casi no se dan cuenta del paso de los días. Viven sumergidas en los horizontes de luz y de amor de su propio corazón y no añoran nada de lo que dejaron al ingresar.

Los horizontes humanos, siempre limitados por más lejanos que sean, han quedado eclipsados por los de eternidad que han descubierto dentro de sí mismas. Su mi-

rada se ha convertido en mirada de eternidad capaz de abarcar, como dentro de un rayo del sol, todo el mundo creado.

Esto no quiere decir que vivan ausentes de la realidad y lejos de las demás personas. Su mirada de eternidad es capaz de penetrar en el interior de las demás; de compadecerse de las extraviadas y de alegrarse de las que viven consigo mismas en los horizontes de eternidad de su espíritu.

Ven con toda claridad la manera de vivir de los que se rigen por los criterios del cuerpo y de la simple razón y se compadecen de ellos, pidiendo a Dios que también ellos lleguen a descubrir y a valorar la vida interior que están llamadas a vivir.

Al mismo tiempo se compadecen de sí mismas por el tiempo en que vivieron como esas personas, y dan muchas gracias a Dios por haberlas sacado de aquel modo de vivir.

Cuando se descubren los horizontes de eternidad propios de la vida del espíritu, se da uno cuenta perfecta de que lo que los carnales llaman libertad es una auténtica prisión, y lo que ellos llaman prisión es la verdadera libertad. Hay esclavos de la esclavitud y esclavos de la libertad.

El que descubre los horizontes de eternidad de su espíritu es libre en todo el sentido de la palabra. No necesita horizontes de este mundo para ser plenamente libre. Tampoco necesita las diversiones a que se entregan los que desconocen su mundo interior. Su diversión es la luz y la música de su vida interior.

La manera de amar de unas y otras personas es muy diferente: Unas se buscan a sí mismas, las otras buscan al Dios de su horizonte de eternidad, y en ese horizonte introducen a todas las personas a las que aman buscando su bien, no el suyo propio.

Aman de manera oblativa buscando a su Dios y la salvación de toda la humanidad.

*Jamás el amor busca lo suyo,
Olvida las ofensas y perdona.
Mira siempre a lo lejos, hacia el cielo.
Anhela vivir siempre, ser eterno.
Se olvida de su YO y busca el TÚ.
Es feliz olvidándose de sí.
Renuncia a poseer al ser amado,
Intenta hacer del gozo, donación.
Lucha por ser fiel hasta la Vida.
Únicamente ama para amar.
Son pocos los que viven a esta altura
-O será mejor decir profundidad.-
Lo cierto es que Dios así nos ama:
Intentando salvar mi pobre TÚ
Se olvida de la gloria de su YO.*

ORACIÓN

Es bien curioso, pero hasta los mayores pecadores rezan. Por ejemplo piden a Dios, - en este caso sería mejor poner ese nombre con minúscula -, que les salga bien la empresa financiera que llevan entre manos, aunque saben muy bien que el resultado va ser la ruina de otras personas.

Si las cosas salen como ellos esperaban y deseaban, dan gracias a su dios. Incluso, como dice San Bernardo en el sermón 13,2 sobre el Cantar de los Cantares, el adúltero da gracias a su dios porque ha conseguido lo que tanto deseaba.

Otros rezan a Dios para aprobar un examen o una oposición; para que sane de su enfermedad algún ser querido...

Esto segundo es bueno, porque el Señor nos dijo: **“Pedid y recibiréis”**. Además es una manera de reconocer nuestra pequeñez y necesidad, y la omnipotencia de Dios y su bondad.

¿Cómo reza el que sigue los criterios del espíritu y posee una mirada de eternidad?

Cuanto más se descubren los horizontes de eternidad del espíritu, más alcance tiene la mirada de eternidad. Ella nos da la certeza de que **“en Dios vivimos, nos movemos y existimos”**. Esta certeza nos llena de alegría espiritual y nos hace comprender que la mejor manera de orar es hacer lo que hace el mar con el sol. El mar abre toda su inmensidad ante el sol y deja que su luz le penetre e invada.

La oración de quien vive, se mueve y existe en Dios podríamos definirla de esta manera:

ORAR ES ABRIR LA VIDA ENTERA EN LA PRESENCIA DE DIOS Y DEJAR QUE NOS PENETRE Y NOS INVADA SU AMOR.

Aunque **“el Reino de Dios está dentro de nosotros”** y pueda dar la impresión de que es algo nuestro, algo que poseemos en propiedad, la verdad es que es él quien nos posee a nosotros. Es como si el sol estuviese en lo más profundo del mar, y éste, desde dentro, se dejase poseer e invadir por él.

¡Cuántas veces vemos una persona que nos deslumbra por la luz que irradia de dentro afuera! La ves y te das cuenta de que tiene una belleza transparente. Es algo semejante a eso que he dicho del mar y el sol que está dentro de él y lo ilumina desde su interioridad.

En una visión superficial de las cosas diríamos que es el mar el que posee al sol, pero, viéndolo con una mirada de eternidad, se da uno cuenta de que es el sol el que posee al mar: lo ilumina, lo llena de luz, de calor, de belleza y colorido.

La persona que es consciente de que lleva a Dios en lo más profundo de su espíritu y de que Él es el Dueño de su vida y el que en realidad la posee a ella, sólo anhela

dejarse penetrar e invadir más y más por Él, para que su vida, su santidad, se posesione cada día más de ella.

En realidad es **“querer ser como Dios”**, pero desde la humildad más profunda, es decir, no destronando a Dios, sino dejándole ser **TODO** en mí.

Se comprende muy bien por qué todos los santos han sido humildes, y por qué han sido santos: no por sus méritos y esfuerzos sino porque **SE HAN DEJADO POSEER POR LA SANTIDAD**.

No es extraño que los santos hayan tenido éxtasis, o por lo menos hayan vivido como si no perteneciesen a este mundo: ausentes y “lejanos” de la realidad, sin darse cuenta de si los valoraban o despreciaban; de si otros los pisaban para subir más altos que ellos...

En un himno de **“todos los santos sirvieron a Dios siguiendo la Regla de San Benito”**, hay una estrofa preciosa que dice:

**“Rébus prócul mortálibus
mens avolábat férvida,
divúmque iúncta coétui
haerébat ínter sídera”.**

**(“Lejos de las cosas mortales
su alma volaba fervorosa,
y, unida a los coros de los santos,
moraba entre los astros”).)**

Así es como se llega a vivir en continua oración o en oración continua. Así es como la vida interior es profunda y fuerte. Así es como se llega a la muerte como Pilar: **“Jesús ya no tardará mucho en venir a buscarme, ¿verdad?”**

Así es como valoramos mucho más la vida interior que la exterior, y en vez de estar tan preocupados por la salud corporal, cumpliremos lo que decía el San Rafael, ya muy maltratado por la enfermedad: **“Seguir, seguir, seguir... sin mirar a los lados... los ojos fijos en la cruz, sin otra luz y guía más que amor, amor, amor...”**

Para **“abrir la vida entera en la presencia de Dios y dejar que nos penetre y nos invada su amor”**, no es necesario pensar mucho; es mejor no pensar y “dejar la mente en blanco”, para que seamos poseídos por Dios.

Esto es imposible si no somos humildes y limpios de corazón.

Actualmente muchas personas, incluso personas cristianas, se van al oriente para practicar aquellas religiones.

Allí les enseñan a “dejar la mente en blanco” y a tener un gran dominio sobre sí mismas.

Cuando un cristiano – católico fiel, humilde, obediente y puro de corazón deja su mente en blanco, el Espíritu de Dios lo invade y la santidad divina pasa a él, es decir, lo santifica. En otras religiones hay más antropología que teología, y es el hombre

el que se realiza. Se trata de una mística más humana que divina, pero tiene más atractivo para muchos, sobre todo para los que no están de acuerdo con ser humildes, obedientes y limpios de corazón, o si se prefiere, no aceptan la Iglesia fundada por Cristo y quieren ir a Dios por libre.

Hasta el fin del mundo serán verdad estas palabras de Jesucristo, nuestro Dios y Señor:

“TE DOY GRACIAS, PADRE, SEÑOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA, PORQUE HAS OCULTADO ESTAS COSAS A LOS SABIOS Y ENTENDIDOS Y SE LAS HAS REVELADO A LA GENTE SENCILLA”.

Es San Agustín el que cuenta cuánto desagradaba y desconcertaba a los filósofos de su tiempo **la humildad de Dios**.

Y aquel filósofo discípulo de Platón, llamado Celso, ¡cómo se burlaba de los cristianos sencillos que se gozaban de que Dios se les había revelado y ellos lo conocían y le llamaban Padre!

Llega a compararlos con murciélagos que gritan y ranas que croan diciendo que conocían a Dios y que era su Padre.

Esa Pilar de que ha hablado varias veces es una monja jerónima, que aún vive. Era una chica de pueblo que ingresó en el monasterio de jovencita. Vivió con sencillez y amor la vida de monja, y ahora que está muy cerca de la muerte, espera con paz y alegría la llegada del Esposo de su juventud.

Como ella son muchas y muchos que han entregado su vida a Dios, porque Él los llamó a su seguimiento.

Según los superhombres que quieren realizarse y encontrar **SU vida**, son pobres hombres y pobres mujeres, que no valían ni valen para nada más y por eso sometieron su voluntad y su vida a los criterios de Dios, que, según ellos, disfruta teniéndonos en una continua infancia.

La grandeza de un hombre y de una mujer se pone de manifiesto en la manera de enfrentarse no tanto con la vida como con la muerte.

Hubo un gran músico medieval, llamado Guido d'Arezzo (no sé si el apellido está bien escrito), que cuando sus discípulos le preguntaban cómo se sabía en qué tono estaba una antífona de música gregoriana, les decía: **“IN FÍNE IUDICÁBIS”**.

Quería decirles que la nota final era la que les haría comprender el tono de la antífona.

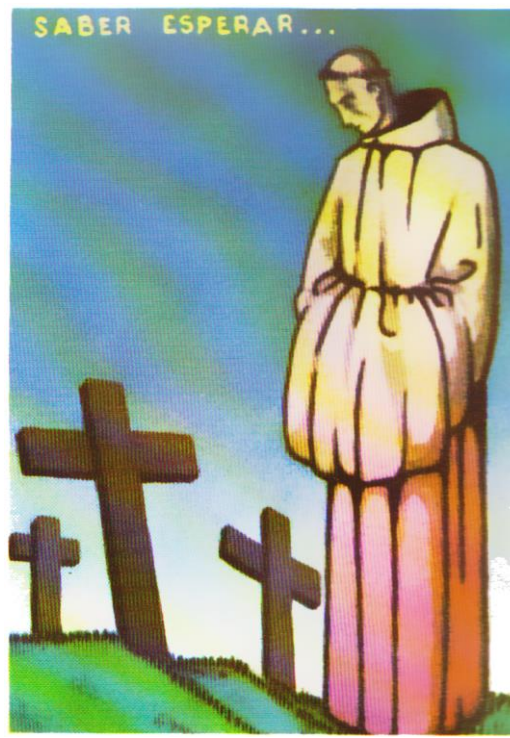
En la vida humana pasa lo mismo. La grandeza de una persona no está en la vida sino en la muerte.

Quien como Pilar espera con alegría la llegada de su Dios y Señor, es grande, muy grande. Quien se estremece sólo de pensar que tiene que morir, es pequeño, muy pequeño. **“IN FÍNE IUDICÁBIS”**.

Enfrentarse con la muerte con esa sencillez amorosa es señal de vivir en profunda intimidad con Dios; en oración continua.

La mirada de eternidad nunca es tan lejana como en el momento de la muerte, por eso los que han vivido sin horizontes lejanos no soportan el horizonte de eternidad.

La oración no es cuestión de esfuerzo mental, ni se mide por la capacidad de dejar la mente en blanco. Es el fruto exquisito de una vida humilde, obediente, amorosa y limpia de corazón. No porque todo eso sea capaz de producir la oración, sino porque deja a Dios las manos libres para darse sin medida a esas personas. Son como “el mar ancho y dilatado” que tiene al sol dentro de sí mismo y le deja transfigurarlos, iluminarlos y vestirlos de luz y de color.



FE

“LA FE ES SEGURIDAD DE LO QUE SE ESPERA Y PRUEBA DE LO QUE NO SE VE”

En tiempos pasados, no muy lejanos, la fe era patrimonio de toda Europa. Se nacía en un ambiente de fe, casi se mamaba con la leche de los pechos de nuestras madres.

Los hombres y las mujeres eran pecadores como en todos los tiempos, pero se tenía cierta conciencia de pecado. Esa conciencia era fruto de la fe en un Dios personal que prohibía hacer el mal y mandaba hacer el bien.

Con el paso de los años y los adelantos logrados por el hombre esa fe se encorvó y se replegó sobre el hombre. Ya no era necesario creer en un Ser supremo, porque el hombre se basta por sí mismo.

El resultado ha sido que al hombre, nacido para volar por los espacios inmensos de la fe, se le atrofiaron las alas. Le pasa lo que a los pollitos de gallina.

Entre esos hombres y mujeres hay más de los que se piensa a simple vista que no renuncian a volar. Con todas sus fuerzas luchan contra corriente para no perder la capacidad de volar.

Los pollitos de gallina son mucho más abundantes y se ríen de los que se ejercitan en la “gimnasia” de la oración y la lectura espiritual, y sobre todo procuran cumplir los mandamientos que Dios y la Iglesia les ha dado, para conservar un corazón limpio y poder seguir volando por los espacios ilimitados de la fe.

Es una lucha titánica, porque los pollitos de gallina se rigen por unos criterios totalmente materiales en los que tienen cabida las mayores aberraciones y pecados.

Los criterios del mundo imperan en los medios de comunicación y en las costumbres. Además los pollitos de gallina se burlan de los que no renuncian a ser águilas.

Es una lucha sorda y solapada que intenta minar los fundamentos de la fe de las águilas. Dios está con ellas y no son vencidas.

De vez en cuando las águilas se reúnen para rezar y dar gracias a Dios, y se dicen unas a otras con alegría y confianza en Dios:

“ESTA ES LA VICTORIA QUE VENCE AL MUNDO: NUESTRA FE”.

Entre estas águilas, la que más abunda es la gente sencilla a la que el Padre ha revelado el misterio de su Hijo. Digo gente sencilla en cuanto a la sencillez con que creen, no a la grandeza de sus cualidades humanas y sus conocimientos en las diversas ramas del saber.

Los pollitos de gallina, al carecer de esa mirada de eternidad que abre horizontes ilimitados en las que la poseen, son más altaneros; están muy seguros de su ignorancia y, en cierto sentido llevan las de ganar en la lucha con las águilas. Su victoria sería segura si no fuera porque es el Águila Real la que sostiene en la lucha a sus seguidores, y la que los lleva sobre sus plumas.

“SI DIOS ESTÁ CON NOSOTROS, ¿QUIÉN ESTARÁ CONTRA NOSOTROS?”, se dicen las águilas para animarse a la lucha.

Tienen la ventaja de que, con su mirada de eternidad, pueden planear por encima de los pollitos, pero no por eso se ven libres de las burlas y de los ultrajes.

Cuando se reúnen para celebrar su fe y para decirse: **“ESTA ES LA VICTORIA QUE VENCE AL MUNDO: NUESTRA FE”**, son mal vistos por los que no siguen sus mismos criterios.

Todo parece dar la razón a éstos últimos, pero las águilas se mantienen firmes.

El tiempo acaba dando la razón a quien la tiene.

Dicen que, cuando la revolución rusa de principios del siglo pasado prohibió la religión, las abuelitas no hicieron caso y, clandestinamente, enseñaban a rezar y las verdades de la fe a sus nietecitos. De unas a otras se fueron pasando la antorcha de la fe.

Cuando aquella revolución que parecía indestructible se vino abajo, la fe seguía viva en muchas personas gracias a aquellas abuelas - águilas que no aceptaron vivir como pollitos de gallina.

Ahora la juventud está muy despistada en cuanto a la fe que recibieron de niños; muchos monasterios se cierran por falta de vocaciones; las costumbres, en general, están muy distantes de los principios cristianos.

Un día dijo Jesucristo: **“Cuando vuelva el Hijo del Hombre ¿encontrará fe en la tierra?”**

Sin duda que la encontrará, gracias a esas águilas que no renuncian a volar y a planear sobre los pollitos de gallina, para no contaminarse con sus ideas equivocadas.

“Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”.

Para conseguir este fin, algunas águilas tienen que mezclarse con los pollitos de gallina.

Como en los pollitos hay una querencia a volar, no faltan quienes se dejan vencer y empiezan a ejercitarse para llegar a ser águilas.

Todo lo que estoy diciendo ocurre en una misma persona, en ti y en mí. Somos una mezcla rara de pollito de gallina y de águila. Lo más noble que tenemos quiere volar; lo más bajo, se contenta con corretear por el suelo, comiendo migajas de las cosas humanas.

Las más fuertes seguridades de la fe, a veces, entran en crisis. No sabemos bien si somos nosotros o si es el malo el que nos lo sugiere, el caso es que da la impresión de que oyésemos algo parecido a esto:

“Todo esto que creo ¿será verdad o será un cuento de niños?”

“Dios me pidió la vida en plena juventud y se la di, pero ¿no será un sueño que tuve en aquella edad?

La fe es una vivencia diaria que hay mantener viva contra toda duda y contra todo lo que se presente y que pueda oponerse a ella.

Así la fe no es algo intelectual, sino vivencial.

Tenemos que hacer nuestras estas palabras del Beato Cardenal Newman:

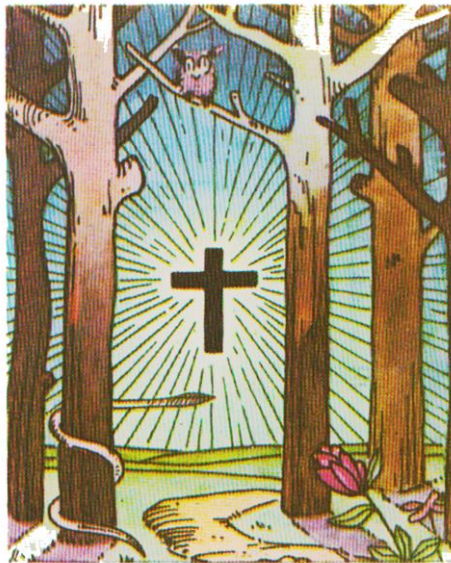
“CREEMOS PORQUE AMAMOS”.

Aunque vivamos en el desierto, hay una especie de ondas misteriosas que llevan hasta nosotros las dudas y miserias del mundo: su increencia, su infidelidad a lo más sagrado; el relativismo y la pérdida de la conciencia del pecado; el permisivismo moral...

Todas estas miserias y lacras del mundo se meten en lo más retirado del mundo, aunque esté rodeado de grandes y altas murallas.

Además, y esto es muy importante, da la impresión de que Dios quisiera que sintamos todo esto, para vencerlo y reparar el pecado de nuestros hermanos y hermanas que se dejan llevar de esos males del mundo.

¡Cuántas veces una persona toda de Dios siente en sí misma todas estas dudas y problemas del mundo, y le sirven para acercarse más íntimamente a Dios y reparar el mal del mundo!



BUSCANDO MIS AMORES,
IRE POR ESOS MONTES Y RIBERAS.
NI COGERE LAS FLORES,
NI TEMERE LAS FIERAS,
Y PASARE LOS FUERTES Y
FRONTERAS.

(San Juan de la Cruz)

ESPERANZA

Esta virtud teologal dilata al máximo la mirada de eternidad.

Dante, en “**la Divina Comedia**”, puso a la puerta del infierno esta frase terrible: **“Abandonad toda esperanza los que entráis en este lugar”**.

Una persona que se rige por los criterios de Dios, y vive según el espíritu, en alas de la esperanza planea sobre todo lo de este mundo, como las águilas planean en la altura.

Cuando falta la esperanza, el hombre y la mujer se entregan al goce efímero del pecado. Para esas personas no hay nada más que esta pobre, breve y dura vida, por eso **“comamos y bebamos que mañana moriremos”**.

Santa Teresita sufrió una dura prueba contra la esperanza y también contra la fe. Esta prueba le ayudó mucho a comprender a los hombres y mujeres que carecían o habían perdido estas virtudes teologales. Seguramente su prueba libró de la suya a los y las que vivían en esa noche.

La esperanza, en una visión superficial de la misma, parece que nos lanza a horizontes exteriores a nosotros mismos, pero, en realidad, nos sumerge más y más en los horizontes de eternidad de nuestro espíritu, donde está en Reino de Dios.

Con los ojos corporales vemos los horizontes humanos; con los espirituales vemos los horizontes divinos.

Desde la cumbre del Everest o del Chimborazo, en un día despejado, tienen que verse horizontes inmensos. Desde lo más profundo de nuestro espíritu, cuando somos humildes y obedientes a la voluntad de Dios, se otean horizontes de eternidad. Es como si estuviéramos en medio de la inmensidad del mar, rodeados de agua por todas partes, pero de un agua luminosa y transparente, cuya luz tiene su origen en algún lugar mucho más profundo que aquel en que nos encontramos. Esa luz es como un potente imán que nos atrae hacia ella, sin que podamos llegar a fundirnos con ella en momento alguno. Esa imposibilidad es la que nos dice que esos horizontes son de eternidad. Y esa atracción misteriosa es la esperanza.

Muchas veces nos hablan de vida interior y creemos que para llegar a ella tenemos que abstraernos de todo y buscarla... no sabemos dónde.

La vida interior, como dice la misma expresión, está dentro de nosotros. No es la potencia de nuestro entendimiento la que nos sumerge en ella; es la humildad, la sencillez, el cumplimiento de la voluntad de Dios y la obediencia a su Iglesia.

Cuando queremos ser nosotros mismos y regirnos por nuestros criterios, nos convertimos en personas pesadas y de un metal falso al que el imán interior no atrae, como ocurre con algunas cosas que parecen de metal y son de algo que no siente la atracción del imán.

Son los sencillos, humildes y obedientes los que sienten la atracción del imán profundo de nuestro espíritu, y como esa atracción es la esperanza, **“las esperanza los**

mantiene alegres”, y se acercan a la muerte con la alegría que les da la certeza de que, de alguna manera se van a fundir para siempre con el imán que les atrae desde lo profundo de su espíritu donde está el Reino de Dios.

Actualmente da la impresión de que todo estuviera orientado a sacarnos de nosotros mismos, del Reino de Dios que está dentro de nosotros.

La televisión, ese continuo viajar de un lado para otro sin ser capaces de estar con nosotros mismos.

Huimos de nuestro ser profundo, buscando el consuelo de las cosas exteriores.

Mi hermana Pilar me ha enseñado que, cuando hay una vida profunda, se puede estar muchos días y largas noches en la cama, casi sin poder moverse, esperando la llegada de Jesús, que no va a venir de fuera sino del Reino de Dios que llevamos dentro de nosotros y en el que nos va a sumergir para siempre, porque su atracción va a ser tan fuerte que no podremos resistirla.



INCOLA EGO SUM IN TERRA. PS.CXVIII-V. 19.

SILENCIO

“SILENCIO ES LA ACTIVIDAD PROFUNDA DEL CORAZÓN QUE ESCUCHA”.

(Beato Pablo VI)

Cuando son los criterios del cuerpo los que rigen nuestra vida, huimos constantemente del silencio.

En el auto sacramental de Calderón de la Barca titulado **“El gran teatro del mundo”**, cuando muere la Belleza, los demás se preguntan: **“¿Qué haremos ahora?”**. Responde la Riqueza: **“Volver a nuestra conversación”**.

Las mujeres suelen hablar más que los hombres. Pienso que es debido a que su mundo interior es mucho más rico que el de los hombres. Al desconocer ese mundo, o al huir de él es lógico que el resultado sea hablar mucho.

Una mujer que conozca su mundo interior y viva en él, es más capaz de silencio que el hombre, porque estará siempre a la escucha de dicho mundo.

Todo lo de este mundo está montado de tal forma que las personas vivan fuera de sí mismas. Cuanto menos piensen, más fácilmente se las lleva adonde quieran los que dirigen los pueblos y los negocios.

Al vivir fuera de uno mismo, lo exterior tiene mucho influjo en los hombres y en las mujeres. Así, si la televisión anuncia un determinado producto, son muchas las personas que lo compran.

Vivimos sin silencio, por eso lo exterior nos absorbe y nos domina. Somos esclavos de la última moda.

Quien es capaz de vivir en silencio, necesita muy poco de lo exterior. Tienen en él muy poco influjo las modas y anuncios publicitarios. Necesita muy pocas cosas exteriores, porque tiene una gran riqueza interior.

Si dentro de mí mismo “oigo” melodías desconocidas para la mayoría de las personas que me rodean, éstas se extrañarán de que, por ejemplo en un viaje hable muy poco o nada. Les parecerá raro que no participe en tantos viajes de placer en los que ellos participan, sin darse cuenta de que eso es una manera de huir de uno mismo.

Es cierto que la vida es dura, y que a veces hay que distraerse para poder soportar su dureza, pero también es verdad, y aún más verdad que lo anterior, que a medida que se vive en silencio, escuchando el murmullo de nuestro interior, la vida es más bella y llevadera.

En esto tal vez tengamos que aprender de las religiones orientales en las que se somete a los candidatos a grandes ratos de silencio, con el fin de que se habitúen a practicarlo.

Si nosotros habituamos a nuestros candidatos a ver películas y vídeos, aunque sean formativos, les acostumbraremos a vivir hacia fuera, sin capacidad de silencio, y su vida nunca será profunda.

Educar para el silencio es una manera de enseñar a vivir y a morir, porque la muerte es el paso del ruido al silencio. Si he aprendido a vivir en silencio, el paso hacia la muerte me será mucho más llevadero.

Silencio y escucha están íntimamente unidos. Es necesario aprender a escuchar la música de nuestro mundo interior, del Reino de Dios que llevamos dentro.

Un ambiente exento de ruidos y de relación innecesaria con el mundo exterior va enseñando a las personas a escuchar su mundo interior. También son necesarias lecturas reflexivas de temas buenos.

Alguien dijo que nuestro corazón es como un molino. Las piedras de moler siempre están en movimiento: Si echamos trigo lo muele y hace harina buena; lo mismo ocurre si echamos centeno, maíz o cebada. Si echamos cosas malas también las muele... Si no echamos nada, las piedras de moler se desgastan una contra la otra...

Los que vemos el mar desde un acantilado, nos extasiamos de su inmensidad. Si vamos en barco nos admiramos de esa inmensa mole de agua y casi sin querer nos fijamos en la línea del horizonte donde parecen unirse el mar y el cielo.

Pocas veces nos paramos a pensar en la riqueza que hay en su interior: multitud de especies de vivientes de muy diversos colores. Tesoros de barcos que se han hundido con el paso de los siglos. Plantas misteriosas y desconocidas en la tierra...

Lo mismo nos ocurre cuando hablamos de vida interior: solemos mirar a la lejanía y nos imaginamos no sé qué cosas...

Somos un microcosmos lleno de vida; sobre todo llevamos en nuestro interior el Reino de Dios.

En el fondo del mar reina un profundo silencio. Es como si el mar fuese consciente de la vida que tiene en su interior y viviese a la escucha de su propia riqueza.

La persona que descubre su vida interior vive en silencio: **“LA ACTIVIDAD PROFUNDA DEL CORAZÓN QUE ESCUCHA”**.

Esa vida interior eclipsa los ruidos y la música de la exterioridad.

El mar sólo es ruidoso en la superficie.

Las personas ruidosas, necesitadas de hablar y de escuchar incesantemente, son superficiales; desconocen la vida interior y la riqueza y belleza del silencio.

La causa de ese vivir en la superficie de nosotros mismos es el pecado.

En su superficie el mar lleva toda la suciedad que arrojan sobre él; también los cadáveres de quienes se ahogan en él.

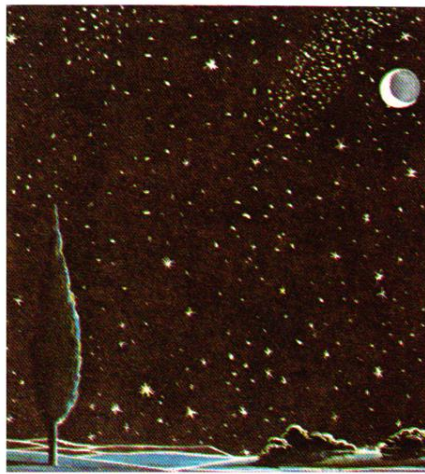
Todo lo arroja a tierra, sin perder jamás la certeza de que todo eso es suciedad que tiene que arrojar fuera de sí.

El mar arroja a tierra su suciedad; nosotros la hacemos desaparecer en el sacramento de la penitencia.

El hombre y la mujer han perdido la noción del pecado y se han incapacitado para vivir dentro de sí mismos y descubrir la belleza y la música de su vida interior, por eso aborrecen el silencio, y vuelven una y otra vez a su conversación con los de fuera.

Al morir, cada uno se queda con lo suyo: si ha vivido en la superficie de sí mismo, sin arrojar a tierra su suciedad, que es lo que hace el mar continuamente, se quedará con esa suciedad.

Si ha vivido en su interioridad, en el Reino de Dios que llevamos dentro, - sin saberlo en la mayoría de los casos,- se sumergirá aún más y para siempre en ese Reino.



*La noche notegada
 En par de los brantes del amora
 La música callada
 La soledad sonora
 La cosa que resaca y enamora.*

EL GEMIDO UNIVERSAL

La vida según el espíritu, cuando se acepta la voluntad de Dios, y cuando se le sigue y sirve con sencillez, aunque nos pida la renuncia a todo lo humano, como ocurre al llamar a alguien a su seguimiento en la vida religiosa o sacerdotal, al irse desarrollando más y más, nos concede una cualidad o una gracia muy bella y rica: Ser capaces de escuchar el gemido universal.

En todo lo creado Dios ha dejado su huella, sobre todo en el hombre y la mujer creados a su imagen y semejanza.

Todos los seres han sido creados para el hombre, pero hemos abusado mucho de toda la creación.

El ansia de tener más y más nos ha llevado a destrozarnos ese servicio de todos los seres.

El primer “destrozo” y el más horroroso fue el del pecado original. Por culpa de ese pecado **“la creación ha quedado sometida a la frustración, y lanza un gemido universal anhelando la aparición de algún hijo de Dios que la libere de esa situación tan lastimosa en que ha quedado por culpa del hombre y de la mujer”**.

Ese hijo de Dios capaz de liberar a la creación es la persona, hombre o mujer, que sea capaz de escuchar el gemido universal.

Este gemido alcanza su nota más alta en la relación entre el hombre y la mujer, pero no todos son capaces de escucharlo. A veces sólo lo oyen y se sirven de él para abusar del otro o de la otra.

El que es capaz de escuchar este gemido, siempre se pone al servicio de quien le gime; nunca se aprovecha de él o de ella.

Para dar cuerpo a este gemido vamos a concretarlo en una frase del salmo 118, 94, que dice: **“SOY TUYO, SÁLVAME”**.

Aquí sí que es necesario regirse por los criterios del espíritu, de Dios. De lo contrario nos serviremos de ese gemido para abusar de quien gime.

En un plano muy sencillo, este gemido se puede escuchar en la relación de los niños con las flores y con los animales.

A esa edad ni remotamente se piensa que las cosas nos lancen ese gemido de que estamos hablando, pero unos niños se portan de muy distinta manera que otros con las flores y los animales.

No sé muy bien por qué será, pero hay niños que parece que disfrutan destrozando flores y matando animales. Otros, en cambio, da la impresión de que nacieran para protegerlos.

Dios creó todos los seres; esos niños, inconscientemente, siguen el deseo del primer hombre: **“SER COMO DIOS”**.

Ellos no pueden crearlos pero pueden destruirlos, matarlos.

Una flor siempre gime al quien la ve: **“Soy tuya, sálvame”**, o lo que es lo mismo: **“Fíjate en la belleza que Dios me ha dado, y dale gracias en mi nombre, ya que yo no puedo dárselas por mí misma”**.

No recuerdo bien si fue en la vida de San Ignacio de Loyola o en la de San Pablo de la Cruz donde leí que, en cierta ocasión en que, siendo ya muy mayor, se paseaba por la huerta de su monasterio ayudado por un bastón y, se detuvo ante una flor, la contempló unos momentos, y, dándole un golpecito cariñoso con el bastón, le dijo: **“Calla, calla, que ya te he oído”**.

Había escuchado el gemido de la flor que le invitaba a que diese gracias a Dios por la belleza que le había dado.

Cuando un insecto o una lagartija se cruzan en el camino de algunos niños, inmediatamente los pisan o los destrozan de una pedrada.

Otros, en cambio, sienten hacia los animales una especie de amor maternal y los protegen.

He oído decir que los bancos que siempre están moviéndose entre dinero, quieren que sus empleados no tengan corazón; que sean implacables a la hora de relacionarse con sus clientes y sólo piensen en aumentar el dinero del banco, sin preocuparse de los clientes. Eso sí, quieren que lo hagan con mucha cordialidad pero sin corazón.

La relación directa y amorosa con Dios nos lleva a tener mucho corazón; a pensar mucho más en el otro que en mí, es decir, **DIOS NOS ENSEÑA A ESCUCHAR EL GEMIDO UNIVERSAL Y A BUSCAR LA FELICIDAD DEL OTRO ANTES QUE LA NUESTRA.**

Los criterios del malo, es decir, los del cuerpo e incluso también los de la sola razón nos capacitan también para escuchar el gemido universal, pero para aprovecharnos del que nos gime.

El hombre y la mujer nos gemimos mutuamente, porque somos incompletos y estamos destinados el uno a la otra y la otra al uno.

Aquí sí que es necesario regirse por los criterios del espíritu, de Dios, para pensar más en el otro que en uno mismo.

Con otros criterios cada uno pensará en sí antes que en el otro o la otra y se aprovechará de ese gemido para su satisfacción y provecho.

Todo este mundo de lujuria actual es porque, en la relación hombre – mujer cada uno al menos OYE el gemido del otro, pero lo orienta a su provecho, no al del otro.

Lo mismo ocurre en el campo del dinero. Son muchos y muchas a los que les importan muy poco o nada los demás; sólo piensan en su provecho personal.

Después del pecado, a los hombres y mujeres nos cuesta mucho aceptar que Dios es más que nosotros. Creemos que ese sometimiento a Dios nos impide la realización personal.

Quien acepta la voluntad de Dios sobre él y se somete amorosa y libremente a Él, poco a poco va adquiriendo los criterios de Dios y, por un camino de retorno descubre la huella de Dios en todos los seres, y empieza a portarse con todas las criaturas de manera semejante a la divina.

Poco a poco se capacita para **ESCUCHAR EL GEMIDO UNIVERSAL**, y vive en comunión con Dios, que de alguna manera le gime oculto en todos los seres: **“SOY TUYO, SÁLVAME”**.

Acaban de venirme a la memoria estos versos que compuse hace bastantes años y que son de esas cosas que se hacen sin poder saber todo su alcance y su riqueza, y que con el paso del tiempo cada vez se descubre más su contenido, pero siempre como una chispa capaz de encender un bosque inmenso. Dicen así:

**“Si en todo Tú eres el TODO
y en todo yo soy la nada,
¿por qué te cuidas de mí
y me sigues noche y día
con tu divina mirada?”**

**Si en todo yo soy el TODO
también soy el TODO en ti,
por eso de ti me cuido
y te sigo noche y día,
en ti buscándome a Mí.**

La huella de Dios que hay en todos los seres, o si se prefiere, Dios desde su huella impresa en todos los seres nos llama con ese gemido de que estamos hablando.

Siempre me pareció algo raro el **ECOLOGISMO**, pero tal vez encierre bastante de **“TEOLOGISMO”**.

Dios no cesa de actuar en la historia. A lo mejor está actuando en los ecologistas, para que nos paremos a descubrir su presencia misteriosa en todos los seres y los respetemos.

Sea como sea, lo que sí es cierto es que su presencia en el hombre y en la mujer ES mucho más grande de lo que pensamos...: **“Si en todo YO soy el TODO, también soy el TODO en ti, por eso de ti me cuido y te sigo noche y día EN TI BUSCÁNDOME A MÍ”**.

Se comprende entonces por qué nuestro Señor Jesucristo, y con Él la Iglesia y todo el cristianismo ha dado siempre tanta importancia al segundo mandamiento, haciéndolo semejante al primero: **AMARÁS A DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS Y AL PRÓJIMO COMO A TI MISMO**.

También se comprende por qué el juicio final va a versar sobre el amor al prójimo.

Si hemos sabido escuchar el gemido universal que nos ha lanzado el prójimo – SIN PALABRAS – es señal clara de que hemos amado a Dios que es el TODO del prójimo.

“Si decimos que amamos a Dios a quien no vemos, y no amamos al prójimo a quien vemos somos unos mentirosos”.

¡Qué misterio! Si escuchamos el gemido universal en el prójimo, es que el hombre y la mujer se han convertido en **ICONO DE DIOS**, y de alguna manera hemos visto a Dios al ver al prójimo, porque hemos escuchado el **gemido divino, el gemido de Dios, al escuchar el gemido del hombre y de la mujer.**

EL QUE OYE EL GEMIDO DEL PRÓJIMO Y NO LE ATIENDE Y AYUDA... “Porque tuve hambre y no me diste de comer, tuve sed y no me diste de beber...”

Con criterios del cuerpo e incluso de la sola razón, al oír el gemido del hermano en vez de ayudarlo nos aprovechamos de él, sobre todo en la relación hombre y mujer.

Con criterios del espíritu, y sobre todo con criterios de Dios, al escuchar el gemido universal pensamos más en el que gime que en nosotros, y nuestra respuesta es siempre **OBLATIVA.**

Esta clase de respuesta hará que el que gime se eleve también a esos criterios.



OMNIS TERRA ADORET TE. PS.LXV. V. 4.

CATOLICISMO

Actualmente hay una crisis muy grande con respecto a la doctrina católica, es decir, de la doctrina de Cristo.

En tiempos no muy pasados, se bautizaba a los niños al poco de nacer. Los padres creían más o menos firmemente las verdades del Credo, que habían recibido de la Iglesia Católica, y querían la salvación eterna de sus hijos. Sin el bautismo no se puede salvar uno que conozca el Evangelio: **“El que crea y se bautice se salvará”**.

El bautismo nos injerta en Cristo y de Cristo nos viene la salvación y la entrada en el Reino de Dios.

La consecuencia, buena en sí misma, era que todos eran católicos, aunque no tenían casi ni idea de lo que eso implicaba.

Desde los años del Concilio Vaticano II, aunque ya venía de más atrás, se ha producido una especie de cataclismo en el mundo.

Se ha relativizado o contestado abiertamente la moral de la Iglesia con sus grandes exigencias; exigencias que no las ha creado ella sino que tienen su fuente en el Evangelio.

Como en todos los tiempos, desde que existe el pecado, el hombre quiere ser autónomo.

Recuerdo haber leído no muchos años después del Concilio esta especie de chiste. Fue cuando empezó la llamada Teología de la Liberación. Decía: **“Ahora que nos hemos liberado de la teología nos vienen con la teología de la liberación”**.

Ese deseo de autonomía estaba suavizado por la creencia en la vida eterna y por el deseo de entrar en ella.

Cuando “se descubrió” que el cielo estaba en la tierra y que lo que había que hacer era “vivir la vida a tope”, “porque nadie ha venido a decirnos lo que hay después”, se perdió la fe en la vida eterna y todo se centró en esta vida temporal.

Un porcentaje bastante elevado de “la Cristiandad” abandonó la práctica religiosa; abandonó también la obligación de educar a sus hijos en la fe, y la consecuencia ha sido que esos hijos se han lanzado a “vivir la vida a tope” sin freno ni control.

Cuando se casan, se acuerdan de que son cristianos y quieren casarse como cristianos, entre otras cosas porque es una ceremonia muy bonita y queda el recuerdo de las fotografías...

Se casan por la Iglesia, pero sin comprometerse con sus exigencias. Responden a las preguntas que se les hace, pero les da lo mismo decir SÍ que NO.

Prometen fidelidad hasta la muerte, pero rompen esa promesa ante la primera dificultad que aparezca sin que les quede el menor remordimiento.

Aún es peor, bueno, no sé si lo será o no, porque en los dos casos se trata de una promesa formal hecha ante un ministro de la Iglesia, que es lo mismo que hacerla ante Dios; digo que es más o menos peor que, habiendo prometido formalmente vivir en

pobreza, castidad y obediencia hasta la muerte, se rompe ese pacto de amor con toda naturalidad, para vivir sin pobreza, sin castidad y sin obediencia.

Con todo esto quiero decir que el cristianismo no se puede vivir en “cristianidad”, sino que exige una opción libre y responsable.

Es verdad que la fidelidad hasta la muerte no es cuestión de puños, aunque exija mucho esfuerzo personal, sino que es un regalo que Dios concede a quien no es autosuficiente sino humilde y vive su destino como una respuesta amorosa pero humilde al amor de su Dios y Señor, que lo ha elegido porque le ha dado la gana, sin que nosotros podamos alegar merecimiento alguno.

Por otra parte, la vida cristiana exige mucha renuncia a las apetencias de la carne, es decir, de nuestro cuerpo herido por el pecado y ansioso de placer y de posesionarse de los demás, sobre todo del otro sexo.

Otra cosa que dificulta la vivencia de una vida auténticamente cristiana es el olvido de la renuncia y de la penitencia.

Por activa y por pasiva se afirma que el cuerpo es santo, porque es parte constitutiva de la persona humana, y hay una repulsa muy grande a negarle cosa alguna de las que desea.

Un monje muy sencillo, pero muy goloso, decía un día: **“Como mucho dulce porque me lo pide el cuerpo”**.

Seguro que no tiene ni idea de que eso es lo que dicen todos los lujuriosos, borrachos y drogadictos...

Un cristiano nunca puede regirse por lo que le pide el cuerpo, sino que tiene que estar siempre en vela, para saber discernir en cada momento si eso que le pide el cuerpo está de acuerdo con lo que Cristo exige a sus seguidores.

Ese famoso danés, apellidado Kierkegaard, decía: **“¡Qué grande es ser hombre, pero qué difícil es ser hombre!”**

Con mucha más razón se puede y se debe decir: **¡Qué grande es ser cristiano, pero qué difícil es ser cristiano!**

Todo parece indicar que en adelante el cristianismo no va a ser cuestión de grandes masas sino de minorías que se toman en serio su religión y viven las exigencias del Evangelio.

Esta minoría será muy misionera, tal vez más por su felicidad y plenitud humana que por su predicación.

Será su propia vida la que predique que el Evangelio es la verdad.

El final de su vida será el que haga comprender a todos que no es lo mismo ser católico que de otra religión cualquiera, aunque en esta última se haya vivido más cómodamente, y el hombre se haya endiosado a sí mismo usurpando el lugar de Dios.

FELICIDAD

No todos los saben, pero todos lo viven. Me refiero a que todos buscamos la felicidad en todo cuanto hacemos. También cuando pecamos.

Dios al hacernos a su imagen y semejanza nos hizo tan grandes que sólo Él puede llenar el seno casi infinito de nuestro corazón.

Por consiguiente ese buscar siempre la felicidad es lo mismo que buscar siempre a Dios.

Cuando somos niños, y no se sabe bien donde acaba el niño y donde empieza Dios, somos muy felices porque aún no se han despertado en nosotros las consecuencias del pecado y no sentimos el deseo de ser como Dios. No lo sentimos porque a esa edad somos, de verdad, como Dios.

Llegamos a la adolescencia y se despierta en nosotros la fiebre posesiva como primer indicio del deseo de ser como Dios.

Nunca podremos dejar de buscar la felicidad, que es lo mismo que decir que nunca podremos dejar de buscar a Dios.

Si el adolescente sigue unido a Dios por la gracia divina, es decir, si no se entrega al goce efímero del pecado, seguirá siendo feliz en cualquier camino que siga. Si se aparta de Dios, no será feliz nunca y andará siempre en busca de más y más experiencias del orden que sea sin poder descansar en ninguna.

Si estudia una carrera, al acabarla, o antes de acabarla, se da cuenta de que no le llena del todo. En todos los órdenes de la vida andará siempre cambiando y buscando el movimiento continuo.

Estará siempre huyendo de sí mismo. Así, por ejemplo, si se dedica a cazar, será más feliz persiguiendo al animal que cuando lo mata. Lo mismo le ocurrirá en cualquier otra cosa.

Buscará con más ilusión lo que no tiene, para, al poseerlo, sentir de nuevo la desilusión, porque sólo Dios puede llenar el corazón del hombre:

“Nos hiciste, Señor, para ti y nuestra corazón está inquieto hasta que descansa en ti”.

Con razón dijo nuestro Señor Jesucristo: **“Si no volvéis a ser como niños, no entraréis en el Reino de los cielos”.**

Siempre es la aceptación de la voluntad de Dios sobre cada uno lo que nos da el sosiego y la paz.

Esa voluntad divina sobre mí puede cambiarme totalmente la ruta que yo había elegido. Si no la acepto seré siempre como una pieza de reloj fuera de su sitio.

El ansia de ser como Dios es la causa de la infelicidad de las personas. Aceptar la voluntad de Dios implica un haber vuelto a ser como un niño, pero esto para muchos es una renuncia a la grandeza humana.

Dicen equivocadamente: Es el hombre el que tiene que marcarse el camino sin tener que estar en una continua dependencia de Dios ni de nadie.

Esta es la causa de tantos problemas como hay en el mundo, porque muchas personas están fuera de su sitio, y ni ellas son felices ni dejan serlo a los que viven con ellas.

A todo esto hay que añadir que el malo disfruta con nuestro mal. Nos presenta otras cosas distintas de las que vivimos, y nos las pinta tan bonitas que nos convencemos de que en ellas está nuestra felicidad.

Nos lanzamos a poseerla y descubrimos que teníamos más felicidad en la otra manera de actuar y de vivir que en la que tenemos ahora.

Sin humildad y obediencia para aceptar los planes de Dios sobre mí nunca seré santo; y, en un plano más humano, nunca seré feliz.

Lo que estoy diciendo a propósito de la felicidad guarda estrecha relación con otro tema sobre el que quiero reflexionar a continuación.



TEMOR DE DIOS

En un pueblo muy cercano al lugar donde vivo yo, había, el siglo pasado, es decir, ayer, un hombre muy valiente que no temía a nada ni a nadie. Un día unos cuantos mozos de su pueblo decidieron darle un susto, para ver si era verdad que no tenía miedo a nada ni a nadie.

Se subieron a un gran roble, - entonces había muchos al borde del camino,- cogieron unas cuantas piedras cada uno y, cuando aquel hombre se acercaba, las dejaron caer por entre las ramas del árbol haciendo mucho ruido.

Aquel hombre se asustó un poco, pero levantando la cabeza hacia el roble, dijo:
“¿Quién está ahí? Que baje, que si es Dios pierde el cielo”.

Muchos siglos antes el autor de uno de los salmos, escribió:

“El malvado escucha en su interior un oráculo del pecado: ‘No tengo miedo a Dios ni en su presencia’”.

Al llevar clavado en nuestro ser, a causa del pecado, el deseo de ser como Dios, nos resistimos a temer a Dios. Lo que ocurre es que muy probablemente no sabemos lo que quiere decir **“temor de Dios”**.

Es suficiente saber que Él es nuestro Creador y nosotros sus criaturas. Según esto, **“temor de Dios”** puede entenderse como **RESPECTO AMOROSO Y FILIAL**.

Este respeto incluye la humildad y la obediencia, pero también amorosas.

El temor de Dios es un don del Espíritu Santo que es el **AMOR**, por consiguiente no tiene nada que ver con lo que sentimos cuando nos encontramos ante una fiera, ante un enemigo o cuando bombardean la ciudad en que vivimos. Como ya he dicho, se trata de **UN RESPECTO AMOROSO Y FILIAL**, que, poco a poco, se va convirtiendo en amor filial.

Podríamos decir que el **DON DE TEMOR DE DIOS** al vivirlo como Dios quiere y después de cierto tiempo de practicarlo, se mezcla con el **DON DE PIEDAD** hasta llegar a fundirse en uno solo con él.

Dios mío, acaba de ocurrirme algo muy grande e importante, tan grande e importante que, si es verdad, no sé cómo darte gracias.

Pensaba, y casi lo vivía al pensarlo que, cuando muera y esté en tu presencia, se van a cumplir en mí esas palabras del malvado, pero con un sentido totalmente diferente: **“NO TENGO MIEDO A DIOS NI EN SU PRESENCIA”**.

Aunque, a causa de mis pecados me condenases, no te tendría miedo, porque sé muy bien que me condenarías con amor, y yo recibiría la condena también con amor.

Hagas lo que hagas conmigo **“no podré no quererte”**.

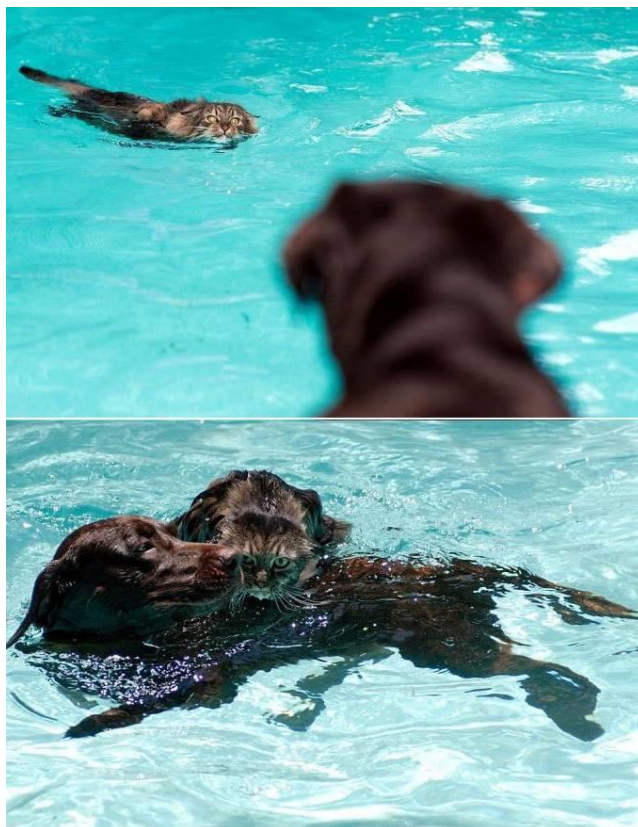
¿Te das cuenta, Señor, de lo importante que es esto?

¡Qué cosas digo! ¡Como no vas a darte cuenta!

Seguramente en mí el don de temor se ha fundido con el de piedad y ya nunca te temeré, sino que siempre te amaré con amor filial.

Conmigo te va a pasar lo que decía con arrogancia e ignorancia ese hombre de que hablé hace un poco: **“Vas a perder el cielo”**, es decir, te verás obligado a dármelo, a admitirme en él, porque, pase lo que pase, **“no podré no quererte”**.

¡Ay, Dios mío! Estoy casi asustado de lo que he escrito, pero ¡es verdad!
Sirva como prueba de lo que he dicho sobre el temor de Dios.



MENTIRA

Fue el año 1972. El mes de noviembre moría mi padre.

El día siguiente del entierro, llegó a mi casa una carta de un comercio muy importante de la capital donde vivíamos, en la que, en nombre de dicho comercio, nos daban el pésame por la muerte de nuestro padre.

En esos días siguientes a la muerte de un ser tan querido, está uno muy sensible y las cosas te afectan más. Además siempre he sido un hombre sencillo y algo simple con inclinación a creerme las cosas, es decir, yo actúo sin doblez ni engaño y fácilmente me creo que los demás actúan de la misma manera.

Quedé muy impactado de que un comercio de tanta categoría nos mandase el pésame a una familia tan modesta como era la mía.

Tardé cierto tiempo en darme cuenta de la mentira y la doblez con que actuaban en ese comercio. Intentaban aprovecharse de esos momentos de dolor de las familias para ganar clientes y vender más.

Recuerdo otra vivencia, también en aquella capital pero ocurrida casi 15 años antes de la muerte de mi padre. Esta mentira y doblez no es del calibre de la del comercio, pero quiero recordarla también.

Trabajaba de “chico” de un gran bazar. Mi misión era llevar a las casas las compras que hacían los clientes, limpiar y barrer, hacer recados. Era verano porque me dijeron que fuera con el botijo a por agua a una fuente que estaba casi en la plaza donde se vendían muchas cosas, entre otras fruta.

Estando llenando el botijo vi un grupo de personas que escuchaban a una especie de vendedor ambulante. Éste se encontraba subido a en algo semejante a una tarima desde la que dominaba a todos.

Al escucharle comprendí que vendía una especie de elixir para la boca. Decía:

“Enjuagándose la boca con este producto evitarán que los dientes y muelas se piquen”.

(Ahora viene lo que recuerdo como una mentira, pero no del calibre de la otra de que he hablado hace un poco.)

“¡NO PUEDEN IMAGINARSE LA PENA QUE SIENTO CUANDO VEO SALIR A ALGUIEN DEL DENTISTA DESPUÉS DE SACARSE UN DIENTE O UNA MUELA!”

¡Bastante le importaba a él eso! Era una manera de ganarse a aquella gente para que le comprase su producto, que seguro que no valía para nada.

Actualmente sigue pasando lo mismo sólo que mejor estudiado y con más grande alcance.

Supongamos que un gran supermercado tiene un producto equis que no tiene salida. Hace una propaganda televisiva ponderando sus virtualidades inexistentes y lo vende inmediatamente.

De todas formas ninguna de estas mentiras me parece tan detestable como la de aquel gran comercio, que daba el pésame a las familias de todos los difuntos que aparecían en las esquelas del periódico con el fin de ganar clientes.

De todo esto se deduce que la mentira tiene la finalidad de sacar algún provecho de otras personas mucho más ingenuas que el mentiroso. Y también que el mentiroso es una persona astuta, más o menos discípula del malo. A fin de cuentas el primer pecado y la fuente de todos los demás fue una mentira: **“Si coméis de los frutos de ese árbol seréis como Dios”**.

Uno de los mandamientos de la Ley de Dios dice:

“NO DARÁS FALSO TESTIMONIO NI MENTIRÁS”.

La mentira es un pecado muy detestable, porque se acerca bastante al espíritu, es decir, tiene su origen en la zona profunda de nuestro ser de hombre y de mujer, y no es un pecado **“espontáneo”**, sino fruto de haberse parado a pensar la manera de hacer mal a otra persona.

Nadie se engaña a sí mismo, aunque el resultado final suele perjudicar al mentiroso, porque **“la maldad da muerte al malvado”** y **“el que dice mentiras no durará en mi presencia”**, nos dice la Palabra de Dios.

La mentira es uno de las primeras manifestaciones del pecado, por eso hay bastantes niños mentirosos. También es uno de sus últimos frutos, la prueba está en ese comercio que debe de tener una persona dedicada a leer todas las esquelas mortuorias, para mandar con mucho engaño el pésame a esas familias doloridas y tan frágiles para tomar por cosa buena la doblez y el engaño.

Jesucristo nuestro Dios y Señor llamó a esta clase de personas:

“RAZA DE VÍBORAS, SEPULCROS BLANQUEADOS E HIPÓCRITAS”.

La mentira tiene cierta relación con el **pecado contra el Espíritu Santo**, porque el mentiroso está viendo la realidad, la verdad, y con sus palabras la encubre, es decir, se cierra a la verdad e intenta cerrársela también a quien engaña.

Los contemporáneos de Jesús veían los milagros y las obras que hacía, y escuchaban sus palabras: **“Nadie ha hablado como este hombre”** pero no le daban crédito. Por eso dijo un día el Señor:

“Si no hubiera venido y les hubiere hablado, no tendrían culpa; ahora en cambio no tienen excusa... Si yo no hubiera hecho en presencia de ellos lo que nadie ha hecho, no tendrían culpa”...

El salmista dice en uno de los salmos: **“Odio el camino de la mentira”**.

¡Ojalá nosotros odiemos también siempre este camino, para que vivamos y muramos como discípulos de la VERDAD!

ESTRELLAS

“CUANDO CONTEMPO EL CIELO, OBRA DE TUS MANOS, LA LUNA Y LAS ESTRELLAS QUE HAS CREADO, ¿QUÉ ES EL HOMBRE, PARA QUE TE ACUERDES DE ÉL?”

El salmista ante el espectáculo grandioso de un cielo estrellado intuye al menos un poco la grandeza del hombre.

Mientras el salmista contempla el cielo estrellado muchísimos jóvenes “mueven el esqueleto” en la discoteca, en la que los horizontes son tan limitados como las dimensiones del local y sus estrellas son las luces de colores en movimiento continuo.

Pasan los años y la capacidad de admiración de esa juventud se atrofia. Acostumbrados al movimiento continuo, son incapaces de permanecer en casa. Si a causa de un accidente tienen que ser hospitalizados, les cuesta mucho la soledad y el silencio.

Llegan a la edad madura o a la vejez, y necesitan “movimiento”: viajes, diversiones... El caso es huir del encuentro con la noche sin estrellas de su vida.

El que es capaz de vivir a la altura sencilla de hombre o de mujer, sabe pararse a contemplar muchas cosas, por ejemplo, una noche estrellada, y las estrellas le dan paz. A veces da la impresión de que fueran las almas de los que nos han precedido y que gozan ya de Dios.

Con su parpadeo luminoso nos dicen que hay otra vida por la que merece la pena luchar, ya que es la única capaz sosegar los anhelos más profundos de nuestro corazón.

La vida es profunda como la oscuridad del espacio en la noche. Las estrellas hacen menos lejana la oscuridad.

“Detrás” de las estrellas sólo vemos oscuridad. Su luz plateada alivia el peso de la inmensa oscuridad.

Quien no se acostumbra a contemplar la noche estrellada, no es fácil que descubra el misterio del hombre. Seguramente sólo descubrirá la angustia y, como la juventud, se entregará a “mover el esqueleto”, porque el peso de su oscuridad interior le resulta insoportable”.

Las estrellas sosiegan la oscuridad. Son semejantes a la FE con sus verdades consoladoras que nos enseñó Jesucristo acerca de la vida futura que nos tiene preparada, si escuchamos su voz y lo seguimos.

Cuando escuchamos la voz de Jesucristo y lo seguimos, en primer lugar descubrimos la oscuridad de nuestro interior. Algo así como una noche sin estrellas. Poco a poco van apareciendo las estrellas de la vida divina.

Como cosa muy curiosa hay que decir que, a medida que aparecen las estrellas, “el esqueleto” se sosiega. Queda uno absorbido por la música interior y por sus estre-

llas, y ya no se huye de uno mismo, porque no hay belleza comparable con la del mundo interior.

En un porcentaje muy elevado los jóvenes desconocen su riqueza interior, por eso se lanzan con frenesí a “mover el esqueleto”: baile, deportes, movidas con todos los excesos que dichas movidas traen consigo.

Con el correr de los años “el esqueleto” pierde movilidad, envejece...

Mi querida hermana Pilar tampoco puede “mover el esqueleto” desde hace tiempo. Siempre acostada boca arriba, de día y de noche. La cuidan, la asean, le dan de comer... También le dan la comunión todos los días. La llegada diaria de Jesucristo a su mundo interior ilumina más y más sus estrellas. Espera con ilusión la llegada de la **LUZ DEL MUNDO...**

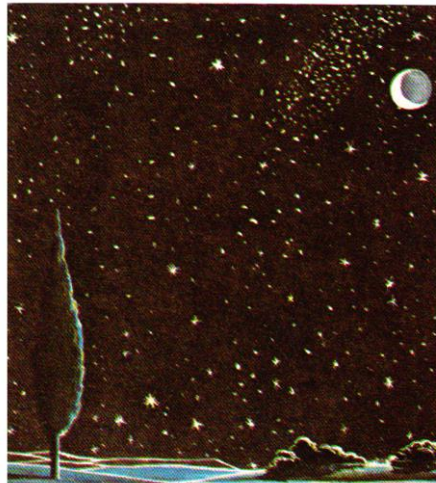
Entre tanto en sus largas noches contempla las estrellas de su mundo interior.

Cuando estos jóvenes vacíos de mundo interior y por lo tanto sin estrellas, no puedan “mover el esqueleto” y se encuentren solos ante su vacío, ¿qué harán?

A veces personas sencillas, como mi hermana Pilar, llevan sobre sí, por encargo misterioso de Dios, el drama del mundo en sus muy diversas facetas. Ella está cumpliendo la misión de reparar el pecado y la oscuridad de un mundo sin estrellas en que se encuentran sumidos muchos hombres y mujeres que, en la juventud, se contentaron con vivir a la luz un tanto enloquecida de las discotecas.

¡Gracias, Pilar! Llenarás de estrellas la oscuridad de muchas personas. Estás cumpliendo una gran misión.

“Ya no tardará mucho en venir a buscarte Jesús, ¿verdad?”



*La noche rotunda
En par de los bríos del amor
La música callada
La soledad sonora
La cosa que recita y enamora.*

LOCURA

Hace ya bastantes años, un vecino de mi parroquia dejó de tomar el tratamiento que le había mandado un siquiatra, y tuvo un ataque de locura.

Tenía en el monasterio un monje amigo porque los dos tenían colmenas y trataban sus asuntos de apicultura.

El día que le dio el arrebató de locura quiso venir a ver a su amigo monje. Los vecinos no se atrevían a oponerse abiertamente a sus caprichos, pero, por lo que pudiera ocurrir, varios hombres venían a su alrededor.

La paz monacal se vio alterada por unas voces tremendas: **“YO SOY EL REY DEL MUNDO”**.

El monje amigo tenía un miedo tremendo y dijo al portero que saliera a recibirle y le dijera que a su mujer la habían llevado a la capital para atenderla en la Residencia Sanitaria. (La causa de sus males era que él la había dado una paliza.)

El portero, también con mucho miedo, o al menos con mucha precaución, salió recibirlo y le dijo lo de su mujer.

Viendo la cara de asustado del portero, aquel hombre le pasó la mano por la cabeza alborotándole los pelos y diciéndole: **“NO TENGA MIEDO QUE TODOS SOMOS CRISTIANOS”**.

La verdad es que todos los locos carecen de una virtud esencial para la santidad: La humildad.

El que no es, como en este caso, **“EL REY DEL MUNDO”**, es Jesucristo, Julio César, el emperador Carlos I, etc. etc.

Cambiando las cosas se puede decir que toda persona soberbia está algo loca, a veces muy loca, según sea el grado de su soberbia.

Pensemos por ejemplo en **HITLER**, en **STALIN**...

La consecuencia de esta soberbia – locura es **CREERSE EL REY DEL MUNDO** y eliminar a todo el que no piense como yo, y sobre todo a todo el que no se someta a mí.

De los tiempos de **HITLER** hubo un filósofo alemán que aseguraba que **SOLO ERA BUENO LO ALEMÁN O LO QUE FAVORECIESE A ALEMANIA**.

Actualmente es muy poco valorada la humildad y su hermana la obediencia, porque dicen que esas virtudes pasivas empequeñecen al hombre y a la mujer.

A causa del pecado tenemos una propensión muy grande a la locura, a ser como Dios.

Hubo un hombre muy santo a quien Dios encomendó una misión muy grande en el mundo entero: **SAN BENITO DE NURSIA**.

Dios quiso que fuera algo así como **EL SIQUIATRA DE LA HUMANIDAD**.

Como después del pecado, según sea nuestro deseo de ser como Dios, todos estamos un poco locos, los monasterios son semejantes a clínicas especializadas en curar esta locura. San Benito hace maravillas con los que deciden seguir el camino marcado por él con su Regla.

La única medicina que usa es **LA HUMILDAD Y LA OBEDIENCIA**. Tiene otras medicinas secundarias, pero todas orientadas a curar la soberbia, que es la manifestación más clara de la locura ocasionada por el pecado.

Un gran discípulo de San Benito, **SAN BERNARDO DE CLARAVAL**, ha llegado a ser tan grande como su maestro, pero usa la misma medicina.

En uno de sus Sermones sobre el Adviento se la ofrece a todos tan bien preparada, que se toma sin darse cuenta, con unos efectos curativos estupendos.

Dice que Dios, dándose cuenta de que todos queremos ser como ÉL, se hace hombre y dice a todos:

“¿QUIERES SER COMO DIOS? IMÍTAME A MÍ QUE, SIENDO DIOS, ME HE HECHO HOMBRE COMO TÚ Y SOY MANSO Y HUMILDE DE CORAZÓN”.

La mayoría de las personas que viven fuera de estas clínicas, y también algunas de las que viven en ellas, no son conscientes de su locura.

Recuerdo ahora que, cuando era muy joven visité con los otros jóvenes de Acción Católica un asilo de ancianos.

Había allí uno de sus moradores que no estaba muy bien de la cabeza. Se conoce que alguna vez los encargados del asilo o sus compañeros le había dicho que estaba loco.

Hablando con nosotros dijo: **“Me dicen que estoy loco, pero los locos son ellos”.**

Es propio de la locura el desconocimiento propio.

Los discípulos de San Benito y San Bernardo reflexionan mucho sobre sí mismos. Hacen suyo aquel oráculo de Delfos que decía:

“CONÓCETE A TI MISMO”.

La humildad y la obediencia son la mejor medicina para curar la locura de querer ser como Dios.

San Bernardo en su Tratado sobre la humildad define así esta virtud: **“LA HUMILDAD ES LA VIRTUD POR LA QUE EL HOMBRE, AL CONOCER PERFECTAMENTE, SE MENOSPRECIA A SÍ MISMO”.**

Y en el mismo Tratado, dice estas palabras medicinales contra la locura de querer ser como Dios:

“CONTEMPLA LA TIERRA PARA QUE TE CONOZCAS A TI MISMO, ELLA TE HARÁ COMPRENDER QUE ERES TIERRA Y A LA TIERRA HAS DE VOLVER”.

Los siquiátras humanos, por lo general, recetan a sus pacientes “sedantes” que los atontan un poco o un mucho.

San Benito y San Bernardo les dan la medicina de la humildad y la obediencia que los despiertan a la realidad de su propio conocimiento.

Una persona humilde es libre y feliz, porque se ha curado de la locura. Es amada de Dios y de los hombres.

“AGRADABLE PERFUME EL DE LA HUMILDAD QUE ELEVÁNDOSE DE ESTE VALLE DE LÁGRIMAS, DESPUÉS DE HABER PERFUMADO

LAS REGIONES VECINAS DE SU ALREDEDOR, LLEGA INCLUSO CON SU DELICIOSA SUAVIDAD HASTA EL MISMO TRONO DE DIOS”.

(San Bernardo, Sermón 42,6 sobre el Cantar de los Cantares)

¡Cuánta locura hay en este mundo herido por el pecado!

En cierta ocasión dos locos estaban mirando a través de la reja de hierro que los recluía y separaba del trato con las demás personas. Veían a hombres y mujeres que paseaban por allí cerca. Uno le dijo al otro:

“¿Quiénes son éstos?

Respondió el otro:

“Son los externos”.

A lo largo de los siglos Dios ha suscitado hombres y mujeres que han fundado Institutos religiosos, para salir al paso de las necesidades de su tiempo. San Benito y San Bernardo están por encima o por debajo del tiempo. Su doctrina vale hasta el fin de los tiempos, y su medicina también. Tanto es así que todos los Fundadores quieren que sus seguidores sean **HUMILDES Y OBEDIENTES**.

Cuando desaparecen las necesidades que motivaron la aparición de algunos Institutos religiosos, por ejemplo la redención de cautivos, tienen que dar una orientación actual a su carisma, y dedicarse a redimir a los cautivos de la droga, del alcohol, de la lujuria...

El carisma benedictino no desaparecerá jamás, porque, a causa de las consecuencias del pecado, siempre habrá locos en este mundo que necesitan la medicina de la humildad y la obediencia, para poder recobrar la salud del propio conocimiento y para volver del país de la desemejanza al de la semejanza, donde Dios los espera como esperó al Hijo pródigo.

MISIONES FRONTERIZAS

Creo, Señor, que según sean los criterios con los que nos rijamos en la vida, podemos ver de muy distinta manera los acontecimientos. Por ejemplo, el momento actual del mundo, visto con criterios espirituales, es muy precario, algo semejante a un atardecer abocado a la oscuridad de la noche.

Visto con criterios de la carne y de la sangre, tal vez para los que se rigen por esos criterios sea semejante a salir de la noche al resplandor de la mañana anunciadora de un día luminoso y de felicidad.

Lo cierto es que estos últimos criterios no son evangélicos, porque Tú nos has dicho que **“el que siembra para la carne de la carne cosechará corrupción, y el que siembra para el espíritu del Espíritu cosechará vida eterna”**.

Vemos, Señor, cómo la vida cristiana decae. Algunos monasterios hay que cerrarlos por falta de vocaciones. Las costumbres se alejan de los criterios del Evangelio. Son dos mundos totalmente distintos y opuestos.

Como decía San Agustín, en el mundo hay dos ciudades: La Ciudad de Dios, y la Ciudad del mal.

Si tenemos una caja de manzanas en la que una de ellas está podrida, es esta podredumbre la que se extiende a las sanas; no es la “salud” de las otras la que penetra en la podrida.

Quiero decir, Dios mío, que, aunque estemos en un lugar de “salud”, la podredumbre de fuera llega hasta nosotros, y pude invadirnos en mayor o menor grado.

Es verdad que, en este orden de cosas, la “salud” sí puede penetrar en la podredumbre y devolverle la salud perdida, pero también puede darse el proceso contrario que es lo normal entre la fruta...

Lo cierto es que, por más que nos alejemos de la Ciudad del mal, su podredumbre llega hasta nosotros. Incluso, creo que a algunos miembros de la Ciudad de Dios les encomiendas la misión de sentir con fuerza el influjo de la podredumbre, para que su “salud” se extienda por la Ciudad del mal y penetre en algunos o en muchos de sus habitantes.

Son misiones fronterizas que casi obligan a quienes las reciben a vivir de manera especial la problemática de la Ciudad del mal, pero no para que el mal las pudra a ellos sino para que su “salud” sane la podredumbre de los que se dejan llevar de la carne y de la sangre.

Tal vez sea esto una de las mejores pruebas de que la humanidad es una familia y todos participamos, en mayor o menor grado, de lo bueno y de lo malo de los demás.

Quien recibe esa misión participa de manera más profunda de lo que puede creerse del misterio de **TU ENCARNACIÓN**.

¿Qué comparación puede haber entre una persona pura que es zarandeada por los pecados capitales, y **Tú, Señor, que descendiste del trono real de los cielos para hacerte como un hombre cualquiera, y te rebajaste hasta someterte incluso a la muerte y una muerte de cruz?**

En un tiempo de relativismo moral que lleva a quienes lo siguen a tener por lícito cualquier cosa, y de “un relativismo teológico” que se ríe de los dogmas más sagrados, hay personas a las que Tú, Señor, das la misión de sentirse desanimadas ante lo que antes fue para ellas de una seguridad inamovible. Se sienten un poco sin piso firme para caminar por la vida.

Se debaten en la oscuridad intentando palpar algo para no darse un golpe contra la pared o para no caer en un precipicio.

Muchos de tus seguidores, Señor, están desanimados por esta inseguridad reinante en grandes parcelas de la Iglesia. Esta inseguridad se apodera de alguien que te sigue con fidelidad, y siente una gran desgana para todo lo que en otro tiempo le dio tanto consuelo.

En un mundo que ríe mucho entre espectáculos frívolos y muchas comodidades y placeres, pero sin más horizontes lejanos, hay personas buenas y fieles a ti, Señor, que se encuentran de lleno con la tristeza y la angustia y sin salida fácil de esa situación.

Viven en lo más profundo de su ser la tristeza y la angustia a que está abocado ese modo de vivir, y que antes o después ahogará a quienes ahora ríen y disfrutan.

Es una manera de haber sido mezcladas por Ti con esas personas, para que su salud las penetre y pueda curar la podredumbre de alguna de ellas.

¡Tremenda misión ésta! Además quien la recibe no la ve fácilmente. Se debate en la lucha, sin saber por qué le ocurre eso.

Antes de tomar una opción radical por Ti, Señor, era feliz; ahora que te ha dado la vida, la envuelve la tristeza y la angustia.

Tú nos conoces y sabes hasta dónde llegan nuestras fuerzas. La verdad es que, desde nuestra manera de medir, a veces nos da la impresión de que a algunas personas les das una misión que supera sus fuerzas y su capacidad. Tienen que “sufrir el peso de Dios”, tu peso, Señor, y no pueden con él.

Lo raro y llamativo es que no son aplastados por tu peso, y lo soportan hasta que a ti te parece bien.

Están tan unidos a ti que eres Tú el que en ellos lleva tu propio peso; de lo contrario se lo quitarían de encima.

Alguna de esas personas que recibieron de ti alguna de estas misiones fronterizas, murieron con ella, como le ocurrió a Santa Teresa del Niño Jesús.

Esta Santa era muy joven y delicada, y por si fuera poco estaba muy enferma, pero llevó sobre sí el peso de la falta de fe y de esperanza de muchos de sus contemporáneos. Su “salud” curó la podredumbre de muchas personas.

En este tiempo de increencia y de precariedad en todo lo relativo a la vida del espíritu, se están cerrando monasterios.

Las monjas y monjes, que tienen que abandonarlos e irse a otros más florecientes, llevan sobre sí el peso y la redención de esa precariedad de la vida cristiana. Se esforzaron por ser fieles hasta el fin. Ahora su “salud” penetra en la podredumbre de

esa increencia y precariedad y le devuelve la “salud”, o al menos impide que la podredumbre avance.

Sienten el dolor y casi la humillación de ver que su monasterio se cierra, pero no pueden ver la grandeza de su misión fronteriza.

“Al ir iban llorando llevando la semilla; al volver vuelven cantando trayendo sus gavillas”.

En un salmo hay unas palabras que la Iglesia pone en boca de nuestro Señor Jesucristo:

“¿QUÉ GANAS CON MI MUERTE, CON QUE YO BAJE AL FOSA?”

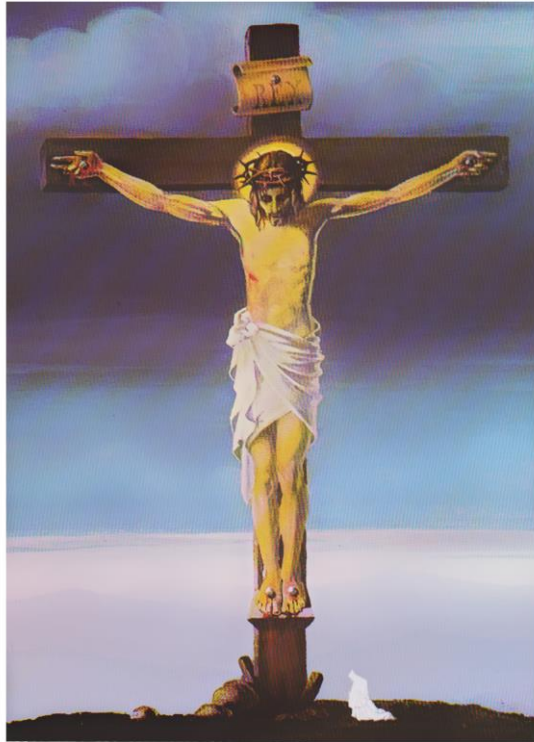
En la cruz “se cerró” la vida de Jesucristo.

Sus enemigos respirarían alegres al verle morir. Humanamente fue un fracaso total, pero luego vinieron **“las gavillas” de la resurrección.**

Viendo las cosas con una mirada de eternidad, una **“misión fronteriza”** tiene mucho parecido con la vida, muerte y resurrección del Verbo encarnado, es decir, del Hijo de Dios hecho hombre.

Seguramente habrá personas que se alegren cuando ven cerrarse un monasterio. Llegará el tiempo de la verdad y ese fracaso humano tal vez haya sido la causa de que la podredumbre de algunas personas, a lo mejor de las que se alegraron del cierre de un monasterio, se haya convertido en “salud”.

Con la precariedad actual **“completamos lo que falta a la pasión de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia”.**



SANTIDAD

Tu Iglesia, Señor, siempre será santa. Es una de sus notas características.

Tu Espíritu Santo habita en ella y, hasta el fin del mundo, habrá en ella personas, hombres y mujeres, en los que brillará tu santidad.

Serán personas que vivirán con plenitud esa definición de oración que tanto me gusta a mí: **“ORAR ES ABRIR LA VIDA ENTERA EN LA PRESENCIA DE DIOS Y DEJAR QUE NOS PENETRE Y NOS INDADA SU AMOR”**.

Serán siempre hombres y mujeres humildes que te darán un consentimiento pleno, y en ellos y ellas se cumplirán estas palabras de tu siervo San Bernardo de Clairaval: **“CONSENTÍRE SALVÁRI EST”**.

Estas tres palabras de San Bernardo no son fáciles de traducir. Unos traducen así: **“Consentir es salvarse”**, mientras que otros prefieren esta otra traducción: **“Consentir es ser salvado”**.

En la primera traducción el hombre tiene el papel principal, mientras que en la segunda lo tienes Tú, Señor.

San Agustín dice en alguno de sus libros: **“DIOS, QUE TE CREÓ SIN TI, NO TE SALVARÁ SIN TI”**.

A mí me gusta hacer esta traducción: **“CONSENTIR ES ACEPTAR LA SALVACIÓN”**. En ella se ve con toda claridad que quien salva eres Tú, Señor, pero también aparece la cooperación del hombre en la libre **ACEPTACIÓN** de tu salvación.

Algo así ocurrió cuando el ángel Gabriel le anunció a María, tu madre, si aceptaba ser la madre del Mesías, la Madre de Dios, porque Tú eres Dios de Dios.

Con una femineidad encantadora respondió:

“AQUÍ ESTÁ LA ESCLAVA DEL SEÑOR, HÁGASE EN MÍ SEGÚN TU PALABRA”.

Tal vez esta sea la gran misión de la **VIDA CONTEMPLATIVA** en tu Iglesia. A los que Tú llamas por este camino de vida deberíamos ser hombres y mujeres humildes, que aprendiésemos muy bien la nada fácil asignatura de **DEJARNOS AMAR POR TI**.

Hombres y mujeres de corazón femenino, en el sentido eclesial de la palabra.

Tu Iglesia es femenina, es tu esposa. La santidad en tu Iglesia siempre tendrá un sesgo profundamente femenino.

El libro preferido de tu Iglesia y de la vida contemplativa siempre fue y seguirá siendo **EL CANTAR DE LOS CANTARES**, en el que se expresa tu amor esponsal con la Iglesia.

LA VIDA CONTEMPLATIVA TENDRÍA QUE EXAMINARSE CONTINUAMENTE SOBRE SU FEMINEIDAD ESPONSAL.

Es muy triste constatar “el machismo” en que se mueven muchos de los llamados contemplativos, y lo que es peor, MUCHAS DE LAS LLAMADAS CONTEMPLATIVAS.

Se contesta hasta lo que viene de las altas esferas vaticanas, incluso lo que viene del Papa. Se lanzan ideas peregrinas, llamativas y perniciosas, como, por ejemplo, que, si hasta ahora habíamos tenido a Dios en el centro del monasterio, en adelante debe ser el hombre el que esté en centro.

Siempre se ha dicho que el monasterio es **LA CASA DE DIOS**. En adelante habría que decir, según algunos, que es **LA CASA DEL HOMBRE**, porque con una inteligencia superior y capaz de confundir el rabo del gato con su quinta pata, han aprendido a distinguir algo sólo capaz de grandes talentos: Si hasta ahora se ha dicho que **DIOS SE HA HECHO HOMBRE**, ahora hay que afirmar que **EL HOMBRE SE HA HECHO DIOS**.

No hay duda de que nos hemos puesto al nivel del mundo y ya puede entendernos, porque... pensamos igual que él.

Entre tanto la vida sigue adelante, y la santidad debe seguir también adelante, porque la verdad es que no se nota mucho que seamos santos.

No nos damos cuenta de que también en la vida contemplativa queremos ser como Dios, y dejamos de lado la humildad y la obediencia, para hacer cada uno algo que manifieste nuestra gran personalidad, con lo cual la femineidad que da el consentimiento se esfuma de nuestro corazón.

Claro que estas cosas que estoy diciendo, con toda razón dicen que son cosas de un pasado de moda, casi del tiempo del Concilio de Trento, no del Vaticano II.

Me da la impresión de que contemplamos muy poco tu cruz, mejor dicho, a ti crucificado en ella.

Tú eres **“EL HOMBRE” - “ECCE HOMO”**.

Nadie puede tener una personalidad mayor que la tuya, porque eres una Persona divina, el Hijo de Dios.

Nadie como Tú pudo decir y hacer cosas del agrado del mundo, pero no las dijiste ni las hiciste, sino que el mundo te odió. Además afirmaste a tus Apóstoles: **“El mundo me ha odiado a mí y también os odiará a vosotros, porque yo os he sacado del mundo”**.

Se medita muy poco en el misterio de tu humildad y de tu obediencia. La verdad es que en tu vida, Señor, el misterio es muy superior a nuestra pequeña inteligencia, pero que fuiste humilde y obediente es algo tan claro que lo entienden hasta los niños.

En tu Iglesia, actualmente, hay muchos viejos y pocos niños.

Esta vez no es cuestión de años, sino de autosuficiencia. Hay personas muy mayores que han vuelto a ser como niños, y hay jóvenes, y aún más de edad mediana,

que son auténticos viejos por querer llamar la atención y por sus ideas raras, desconcertantes y hasta perniciosas.

En el capítulo siguiente quiero reflexionar sobre Ti, Señor; sobre tu misterio divino y humano, y sobre la implicación que tenemos nosotros en él.



DIOS Y HOMBRE **VERDADERO**

¡Que terrible es tu misterio, Señor y Dios mío! ¡Que atrevimiento el del hombre al querer bucear en él! Sin embargo creo yo que sólo a la luz de tu misterio podemos comprender el nuestro.

Ya decía hace un poco que, aunque la cosa no es de ahora y cuando ya se creía superada esa teoría, algún monje dice que en vez de pensar en Dios que se hace hombre había que pensar en el hombre que se hace Dios.

Hay que dejar a cada loco con su tema. El mío es el de la Iglesia que siempre ha mantenido la creencia verdadera, porque así se la revelaste Tú a tu Apóstol San Juan, y a la vez la más atrevida, fuerte y escandalosa que es ésta: **“EL VERBO SE HIZO CARNE”**.

La palabra **“CARNE”** desagradó y escandalizó a los judíos y a los griegos, en cambio fue el consuelo de los humildes, porque en ti, Señor, el hombre alcanzó la plenitud.

Esto es sobre lo que quiero reflexionar en tu presencia. Si digo algo que se sale de la verdad predicada por tu Iglesia, ella y Tú me perdonaréis, porque serán desvaríos de un niño, y nunca me mantendré en ellos si es que no son los de tu Iglesia. Además en tu Palabra revelada se dice: **“Al pequeño por piedad se le perdona”**.

La capilla donde cantamos la Liturgia de las Horas está presidida por un crucifijo grande, más que de tamaño natural. Ayer, en la oración de la tarde después de vísperas, miré hacia ti clavado en la cruz y pensé en Dios y en el Hombre... **“¿QUIÉN HA CONOCIDO LA MENTE DEL SEÑOR, QUIÉN FUE SU CONSEJERO?”**

Pensaba y pensaba y me admiraba y casi me asustaba.

En tu Humanidad veía a toda la Humanidad, y en tu Humanidad veía dar el **CONSENTIMIENTO** a toda la Humanidad, porque es el Concilio Vaticano II el que dice: **“El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre”**.

Al bautizarnos nos sumergimos en tu muerte y en tu resurrección: **EN TU HUMANIDAD TODOS HEMOS MUERTO POR AMOR AL PADRE**.

El misterio de esta vida consiste en vivir contigo tu humilde obediencia al Padre.

Según esto la vida consagrada con sus tres votos nos sumerge totalmente en ti, y a través de nosotros sigues dando el consentimiento al Padre para la salvación del mundo, como nosotros en ti dimos el pleno consentimiento a Dios Padre.

Todo cristiano, pero sobre todo los que Tú has llamado a la vida consagrada, **“suplen lo que falta a tu pasión a favor de tu Iglesia”**. En ellos y ellas sigues muriendo por amor al Padre y para la salvación del mundo.

Esta es la mayor grandeza de la vida consagrada, y en esta grandeza radica su dificultad, porque exige todo de sus miembros; exige un parecido tan grande

contigo, Señor, que tenemos que ser pobres, obedientes y castos, que fue el género de vida que Tú elegiste para cumplir tu misión.

Con frecuencia en la vida religiosa estamos muy preocupados de adquirir buena formación, y gran personalidad, sin darnos cuenta de esta otra realidad mucho más profunda, y que es la que nos lleva a la santidad.

Es verdad que vivir a esta altura o profundidad exige la entrega total de todo nuestro ser: espíritu, alma y cuerpo, y su final es **“LA MUERTE EN LA CRUZ”**.

Cuando murió Hans Urs von Balthasar, la homilía de su funeral la tuvo el Papa actual, Benedicto XVI, cuando aún era cardenal. Al leer lo que en ella dijo me admiré de esta afirmación que ignoraba: **“Sabemos que las almas de los difuntos viven en el cuerpo de Cristo glorioso”**.

Sin duda los que en esta vida vivan en el cuerpo crucificado de Cristo en la cruz, tendrán un puesto de honor en su cuerpo glorioso.

Esta debe de ser la vocación primera de todo elegido por Dios Padre para que te siga a ti y se consagre a ti.

Es esta una verdad que exige mucha reflexión porque es muy profunda.

En la tierra somos algo así como células vivas de tu cuerpo desgarrado en la cruz. En el cielo seremos células vivas de tu cuerpo glorioso.

Mientras llega el momento de ir al cielo a ser glorificados por Ti y en Ti, nuestra misión primera y nuestro mayor apostolado consiste en ser células vivas de tu cuerpo desgarrado en la cruz, supliendo en nosotros lo que falta a tu pasión a favor de tu Iglesia.

Viendo así las cosas, comprendo mucho mejor las palabras que el Papa actual dijo, siendo Cardenal, en el funeral de von Balthasar.

También veo con más claridad la grandeza de una misión como la de mi hermana Pilar y la de otras muchas personas, sobre todo de las que han sido llamadas por tu Padre a seguirte en la Vida Consagrada y han aceptado su misión de imitarte en el género de vida que Tú elegiste para mejor cumplir la misión que tu Padre te encomendó. Ese género de vida fue pobre, virgen y obediente.

BAUTISMO

En todas las religiones suele haber un rito de iniciación con el que quedamos vinculados a la que hayamos decidido pertenecer, o a la que nuestros padres nos lleven, si es que somos pequeñitos, como es corriente en el cristianismo.

Lo que nos abre la puerta de la Iglesia de Jesucristo es el **BAUTISMO**.

Este sacramento no sólo nos hace cristianos, sino que **nos sepulta en Cristo; nos injerta en Él**. De tal manera que la vida de Cristo invade nuestra alma y nuestro espíritu, y debe manifestarse también en nuestro cuerpo.

Esa vida de Cristo lleva consigo el Espíritu de Cristo, el Espíritu Santo, que, como es el Espíritu del Hijo, nos hace gritar: “**ABBÁ – PADRE**”.

El bautismo es el que nos hace células vivas del cuerpo de Cristo. En esta vida el cuerpo de Cristo está desgarrado en la cruz, por eso cada cristiano completa en sí lo que falta a la pasión de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia.

Querer vivir en este mundo un cristianismo sin cruz no tiene sentido. Todos los cristianos tenemos que participar de la cruz, si es que queremos ser “corredentores” a favor la Iglesia y de la humanidad.

Por lo general no somos conscientes de que estamos participando de la cruz de Cristo. A veces hasta incluso nos quejamos por los dolores que caen sobre nosotros. Otras veces aceptamos todo lo que caiga sobre nosotros, pero no nos damos cuenta de la gran labor que Dios está haciendo en nosotros.

Da la impresión de que Dios no quisiera que nos demos cuenta del valor redentor de nuestro dolor, para, al despertar en la otra vida, darnos la sorpresa de comprender la misión que cumplimos en este mundo, aunque nos parecía que Dios se había olvidado de nosotros.

No siempre el dolor que cae sobre nosotros es físico.

Recuerdo que en mis primeros años de vida en la Trapa de San Isidro de Dueñas, había postulantes o novicios que enfermaban, a causa de la dureza de aquel género de vida, y tenían que marcharse o ser invitados a marcharse, porque no podían con aquella austeridad.

Yo lo estaba pasando muy mal y tenía muchas ganas de marcharme. Siempre fui un hombre débil, pero no enfermaba como otros. Me decía a mí mismo: “**Ya podía yo enfermar para que me mandasen marchar**”...

Quiero decir que me costaba mucho ser trapense, pero parece ser que Dios quería que lo fuese y sufría, aunque sin grandes sufrimientos físicos. Era el dolor de una prueba espiritual que había caído sobre mí.

Siempre nos costará dar el consentimiento pleno a Dios, porque tenemos que darlo en fe pura, y por lo tanto en una renuncia plena a las apetencias normales de nuestra naturaleza humana, que, por si fuera poco, está herida por el pecado, e inclinada a lo que se percibe por los sentidos, no por la fe.

Otro caso distinto es el de mi hermana Pilar y el de tantas personas que se encuentran en el lecho del dolor, aunque también en estas circunstancias pueden estar en una prueba de fe y de esperanza, como le ocurrió a Santa Teresita.

En el lecho del dolor y de la impotencia no es fácil comprender el valor redentor de nuestra vida. A veces tenemos bastante con llevarlo todo con paz y alegría. No obstante la gracia bautismal está actuando y desarrollándose, aunque no nos demos cuenta de ello.

Casi nunca somos conscientes de los latidos de nuestro corazón, pero, gracias a Dios, late y por eso vivimos.

En el dolor físico y en el sufrimiento espiritual, si lo llevamos con paz y aceptación de la voluntad de Dios sobre nosotros, somos auténticas células vivas del cuerpo desgarrado de Cristo en la cruz, y cooperamos con Él en la redención del mundo, porque nuestros sufrimientos y dolores son asumidos por la Persona a la que pertenece ese cuerpo.

Es, desde luego, **UN CUERPO MÍSTICO**, pero esto no quiere decir que no sea real.

La vida de un cristiano se mueve en la fe pura, por eso siempre será muy difícil de vivir con plenitud.

En el fondo se trata de una vida que no puede regirse por criterios humanos, nacidos de sí misma, sino que, por haber sido absorbida por la de Cristo, tiene que **“regirse por unos criterios propios de una vida en Cristo Jesús, considerándose muerta nos sólo al pecado sino también a lo que es propio de la carne y de la sangre”**.

Los que, por llamada especial de Dios nos hemos consagrado a Dios por medio de la profesión de los consejos evangélicos, tenemos que tener mucho cuidado para que los criterios del mundo, del demonio y de la carne vayan desapareciendo de nuestro modo de pensar y de actuar.

La profesión religiosa se injerta de lleno en el bautismo y tiende a potenciar la gracia bautismal, que, como hemos dicho, nos injerta en el **CUERPO MÍSTICO DE CRISTO**, haciéndonos células vivas de ese cuerpo desgarrado en la cruz, que es como Él quiso redimirnos.

En la vida cristiana, y aún más en la vida consagrada no se puede prescindir de la austeridad y la penitencia.

San Bernardo dice en sus sermones que **“los miembros de un cuerpo cuya cabeza está coronada de espinas no pueden ser delicados”**.

Son cosas que sabemos muy bien, pero nos cuesta mucho practicarlas. Hasta hay personas consagradas a ti, Señor, que dicen que eso es **“masoquismo”**, y que Dios no lo pide.

Si las cosas fuesen así, Señor, habría que decir que tu Padre fue el mayor **“masoquista”**, pues está escrito: **“Dios no se reservó a su propio Hijo sino que lo entregó a la muerte por nosotros”**.

Aunque es verdad que en esta vida somos células vivas del cuerpo desgarrado de Cristo en la cruz, la luz y la vida de su resurrección se van desarrollando progresivamente en nosotros, de tal manera que, de vez en cuando, se manifiestan en nosotros los destellos de la **transfiguración del Señor**, hasta que al morir empezamos a vivir en el cuerpo resucitado y glorioso de Cristo.

Al fin de los tiempos resucitará nuestro cuerpo, que será espiritual y transparentará en sí la luz y la gracia de Cristo glorioso, y **“Dios lo será todo en todos”**.

Ya no recuerdo si lo he dicho en páginas anteriores, pero hace unos meses una monja, - que da la impresión de que en su comunidad viven más con criterios psicológicos que teológicos,- decía que el San Rafael Arnáiz, en ese su continuo volver a la Trapa de la que tenía que salir por enfermedad, era **“masoquista”**.

Un monje que conoce muy bien la vida del Hno. Rafael le dijo que no era así, sino que, como lo cuenta en sus escritos, tenía una especie de santa obsesión de que Jesús con la cruz a cuestas se le había aparecido y le había dicho: **“¿Quieres seguirme?”**

En uno de sus muchos sermones dice San Bernardo de Claraval: **“Los santos nos enseñan a vivir”**.

No hay ni un solo santo que no haya amado a Jesús crucificado, y por consiguiente, que no haya amado la cruz.

Aparentemente es **“masoquismo”**, pero la verdad es que es amor a su Dios y Señor crucificado. Es la única manera, - aunque a veces los santos no lo tienen tan claro como yo que “escribo desde fuera”,- de aceptar ser una célula viva en el cuerpo desgarrado de Cristo crucificado. Digo que no lo tienen tan claro, porque su amor a Cristo es tan grande que no piensan en otra cosa más que en responder con amor crucificado al que los amó a ellos **“hasta la muerte y una muerte de cruz”**.

Jesús sí que lo tiene claro, por eso los asocia a su obra redentora, para que suplan con sus dolores, - y por ser una célula viva de su cuerpo desgarrado, - lo que Él ha querido compartir con ellos, no porque no fuera capaz de hacerlo Él solo, sino para elevarnos a la altura de “corredtores”.

Esto tiene mucho que ver con los problemas que se viven actualmente en la Iglesia con relación a ese deseo de las feministas de ser sacerdotes.

Por estar bautizados todos somos sacerdotes, tenemos **el sacerdocio real, que es una participación en el de Cristo, el único Sacerdote**.

Es voluntad de Cristo que algunos hombres reciban, sobre, tal vez sea mejor decir **EN**, ese sacerdocio real el **sacerdocio ministerial**, cuyo fin principal es **SERVIR A TODA LA IGLESIA PARA QUE LA REDENCIÓN DE CRISTO SE MANTENGA EN ACTIVO PARA TODOS LOS FIELES HASTA EL FIN DEL MUNDO, Y TODOS PUEDAN PARTICIPAR DE ELLA**. También para despertar constantemente a los fieles y vivir hasta la muerte la belleza del amor primero.

Por eso “**los santos nos enseñan a vivir**”, pero a costa de un servicio, de una misión, que les expropia de sí mismos.

No hace mucho tiempo me decía una monja en la que la llamada a la santidad es clara: **¡YO NO QUIERO SER SANTA!**”

La llamada a la santidad lo exige todo, y nos resulta muy doloroso darlo todo, sobre todo dar la vida.

También al que recibe el sacerdocio ministerial le resulta doloroso tener que renunciar a su libertad y a su tiempo, incluso a su familia para hacerse servidor de todos y, como en el caso del profeta Jeremías, tener que estar contra todos.

La gracia bautismal, al injertarnos en el cuerpo de Cristo desgarrado en la cruz, **nos lleva a la cruz** para cooperar con Él en la redención del mundo. En la otra vida nos injertará en el cuerpo glorioso de Cristo resucitado y ascendido al cielo, para ser glorificados con Cristo glorioso.



ISLAS DE DIOS

Dijo Thomas Merton: **“Los hombres no somos islas”**.

Es una gran verdad.

No creo yo que ninguna persona humana pueda vivir como una isla. Nuestro primer padre Adán sintió la necesidad de alguien semejante a él. Fue cuando Tú, Señor, le diste a la mujer.

En las ciudades y en los pueblos, al despertar de cada día, los hombres y las mujeres buscan a sus semejantes, sin cansarse de hacerlo día tras día.

Incluso el que tiene la vocación de ermitaño se relaciona con los demás en los libros que lee. A veces tiene visitas de personas que se acercan a él en busca de una palabra de salvación. Otras veces es él quien se acerca a alguien a través del teléfono. Y por supuesto que, de vez en cuando se confiesa con un sacerdote con quien comparte experiencias de todo género, porque también los elegidos sienten la tentación en muchos aspectos.

Sin embargo, Señor, creo que hay un aspecto muy importante de la vida en el que sí somos islas: **LA RELACIÓN PERSONAL CONTIGO**.

Es verdad que **“en ti vivimos, nos movemos y existimos”**. Tú eres el Mar de la Vida que nos rodea por todas partes, como el mar a las islas.

Las islas ni siquiera son conscientes de que las rodea el mar, ni pueden entablar una conversación con él, porque no tienen capacidad para hacerlo; ni el mar con ellas.

Son muchísimos los hombres y las mujeres que tampoco son conscientes de que Tú los rodeas por todas partes, ni entablan una conversación contigo, cosa que sí pueden hacer porque nos has creado a tu imagen y semejanza y somos compatibles contigo.

Yo, y muchísimas otras personas, soy consciente de que me rodeas por todas partes, y hablo contigo casi en todo momento, porque todo lo vivo de cara a ti, incluso lo malo que me rodea lo vivo en tu presencia, porque recurro a ti pidiendo auxilio.

No obstante, Señor, con relación a ti me veo como una isla, porque nunca siento tu presencia, y aunque dialogue contigo nunca oigo tu voz.

Siento más el roce y la voz de las cosas humanas que de ti.

Para no dejarme llevar del canto de las sirenas de este mundo, me cubro la cabeza con las manos y me dejo bañar por ti, que eres el mar divino, pero soy como una isla solitaria a la que TÚ no hablas.

Tus olas divinas me refrescan del calor de la atracción del amor humano, pero no me hablas, ni me acaricias o besas.

¿Sabes, Señor, que es difícil ser isla de Dios?

Hay personas que no resisten ese silencio tuyo, y buscan la compañía de alguien semejante a él o a ella.

“DIOS ES AMOR” es la cumbre de la revelación, pero no te sentimos, y nos cuesta mucho ser islas tuyas.

A veces se acerca a nosotros otra isla tuya, que, como nosotros, siente el peso de tu silencio y nos agarramos a esa isla para que no se marche de nuestro lado.

Nadie nos conoce mejor que Tú, por eso no hay duda de que tenemos capacidad para ser **ISLAS DE DIOS**, pero háblanos alguna vez, acarícianos, para que sintamos tu presencia y no nos creamos abandonados por ti. Así, cuando otra isla tuya se acerque a nosotros o nosotros a ella, podamos integrar en tu amor el que de ella recibamos y nos enriquezcamos mutuamente, de lo contrario podemos perjudicarnos.

Tu amor y tu palabra son tan silenciosos... El amor y la palabra humanos son muy cálidos...

Como eres amor, lo mejor es **“abrir la vida entera en tu presencia y dejar que nos penetre e invada tu amor”**.

Sólo así podremos ser **ISLAS DE DIOS** a las que un día y otro cubras con tus aguas, hasta que un día nos sumerjas por completo en tu seno.

Además así la relación con otras islas tuyas será enriquecedora para todas, porque todas estaremos llenas de tu amor.



ORACIÓN CÓSMICA

Van a ser las 5,15 de la tarde del día 13 de febrero. Reina un silencio y una quietud casi excesivos. Se nota que la atmósfera tiene abrazada a toda la creación, sobre todo a los pinos y demás árboles. Como si fueran conscientes de este abrazo, sus ramas casi no se mueven. Da la impresión de que intentasen escapar del suelo y acercarse más al firmamento. Los que no son de hoja perenne, ya apuntan sus hojas nuevas de un color tirando a marrón.

Reina un silencio impresionante sólo alterado un poco por el murmullo del río cantarín que camina incansable al encuentro del mar.

Todo está abierto y tiende hacia el sol, ya un poco mortecino a causa de unas nubes que se han interpuesto entre él y la tierra.

Parece como si toda la creación sintiese la marcha del sol.

El río incansable sigue llenando de música el valle, y lo seguirá llenando cuando venga la densa oscuridad sobre toda la creación.

Todo hombre y toda mujer, por haber sido creados a imagen y semejanza de Dios, tenemos dentro de nosotros algo que tira de nosotros hacia arriba, como los árboles y los montes tiran hacia arriba de la pesada mole de la tierra.

Sobre todo llevamos el río cristalino del deseo de Dios que nunca se detiene hasta que descansa en Dios.

Como el cosmos goza con la presencia del sol, así nosotros anhelamos la luz del Sol divino; tendemos hacia la LUZ.

A veces las nubes del pecado o de la dejadez espiritual eclipsan un poco la luz. Al darnos cuenta de lo que pasa y reconciliarnos con Dios, no de tú a tú, que sería querer ser como Dios, sino por medio del mediador que Él ha querido poner, es decir, del sacerdote, las nubes desaparecen y la LUZ vuelve a brillar para nosotros.

Entre tanto un silencio impresionante se va apoderando de nosotros. En medio de ese silencio se da uno cuenta, Señor, de que **“en ti vivimos, nos movemos y existimos”**. Es entonces cuando nos dejamos abrazar por ti, y ese abrazo **“infunde y crea en nosotros la santidad”**, **“porque sólo Tú eres santo y la fuente de toda santidad”**, y quien se deja abrazar por ti recibirá como regalo **TU SANTIDAD**.

Entre tanto la oscuridad va cayendo sobre el cosmos. Dentro de poco no se podrán distinguir los colores de la creación.

Mañana, al salir el sol, su luz devolverá el color a cada cosa y volverá a envolver a toda la creación.

Nosotros, aunque durmamos en la oscuridad de la noche, seguiremos **“viviendo, moviéndonos y existiendo en Dios”**, porque **“la noche, Señor, no interrumpe tu historia con el hombre”**.

Es muy consolador poder decirle a Dios, al acostarnos:

“Lucero que te fuiste con gran amor amado, en tu gloria dormimos y en sueños te adoramos”.

Al despertar al día siguiente nos damos cuenta de que la LUZ está dentro de nosotros.

“Somos hijos de la luz”.

Ya es noche cerrada. Sólo se ven las cumbres de los montes enmarcadas en la tenue luz del horizonte lejano.

De la oscuridad surgen una especie de gemidos de algún pájaro nocturno o de otro animal desconocido durante el día.

El murmullo del río sigue alegrando un poco la oscuridad.

Toda la creación mira hacia arriba en busca del sol, pero ha desaparecido. Menos mal que encuentra el consuelo en la luz plateada de alguna estrella que se cuele entre las nubes.

También nosotros en la noche de la fe, en la que no podemos verte, Señor y Dios nuestro, **“levantamos los ojos a los montes”**, y vemos un poquito de luz en la lejanía.

Sobre todo vemos la luz plateada de las estrellas en las que Tú, Sol y Luz del mundo, te reflejas y con la que nos consuelas hasta que vuelvas a salir en nuestro firmamento espiritual.

En la oscuridad de la fe, no es raro escuchar el aullido del animal que nos persigue a muerte, y que se ríe de nosotros intentando persuadirnos de que nunca saldremos de la oscuridad...

Menos mal que el murmullo del río del deseo de ti, Señor, alegra un poco la oscuridad, y sobre todo las estrellas.

Siempre que el sol se esconde tras la cumbre lejana deja en alguna estrella un rayo de esperanza.

LLUVIA

“MI ALMA ESTÁ SEDIENTA DE TI; MI CARNE TIENE ANSIA DE TI, COMO TIERRA RESECA, AGOSTADA, SIN AGUA”.

Así se expresa el autor de uno de los salmos.

Hacía bastantes días que no llovía. La tierra estaba sedienta. Hoy ha empezado a llover.

Si la tierra fuera compatible contigo y pudiera darte gracias, sin duda que te las daría, porque estaba agostada.

También las hojas de los árboles se refrescan con estas gotas, aún muy insuficientes, pero bienhechoras.

En nombre de toda la creación te doy gracias, Señor, por esta lluvia con que has apagado un poco la sed de la tierra.

La oración cósmica hoy es un poco más juvenil.

Los árboles están muy quietecitos. Parece que se hubiesen comunicado con el viento, y le hubiesen dicho que no soprase, para que no se evapore la poca agua que ha quedado depositada, casi colgada, en sus hojas.

Como hemos tenido un invierno con bastante sol, han salido ya algunas flores de un ciruelo y se han abierto, y en una de ellas ha quedado prendida una gota de la lluvia de esta mañana.

La contemplo con amor y, ¡que sorpresa!, en su interior esta el sol. La invade de tal manera que, aunque es una gota diminuta, tiene el sol en su interior.

Si la miro muy fijamente, casi me hiere su resplandor.

Como he dicho es una flor diminuta, pero en la gota de agua que ha quedado prendida en ella, se refleja todo el sol.

Si mirase de frente al sol, no podría resistir la fuerza de su luz y me vería obligado a cerrar los ojos; en la gota de agua de esta florecita puedo mirarlo sin temor a ser deslumbrado.

La persona que es limpia de corazón y “abre su vida en la presencia de Dios y deja que la penetre e invada su amor”, - que es lo mismo que decir que la invada su luz,- lo refleja en toda su vida y lo hace cercano y accesible a la debilidad de nuestra pobreza.

Cuando lleguemos al cielo, recibiremos el “**lúmen glóriæ**”, la luz de la gloria, que nos capacitará para poder ver a Dios cara a cara sin morir.

En este mundo nadie puede ver a Dios y seguir con vida. Sería algo parecido a lo que nos ocurriría si nos acercásemos mucho al sol; su luz y su fuego nos harían desaparecer.

Todos hemos encontrado, en el caminar por la vida, alguna persona en la que hemos visto reflejado a Dios. Ha tenido un gran influjo en nuestra vida, y a veces por medio de ella Dios ha cambiado la orientación de nuestra existencia.

Al ver a Dios reflejado en esa persona, nuestra vida ha quedado también prendida en ella, y se ha dado una unión tan grande que nada podrá romperla mientras vivamos.

Sin necesidad de que lo expresemos con palabras, hacemos nuestros los sentimientos de Rut con relación a su suegra Noemí:

“No insistas en que te deje y me vuelva. A donde tú vayas, iré yo; donde tú vivas, viviré yo; tu pueblo es el mío; tu Dios es mi Dios; donde tú mueras, allí moriré y allí me enterrarán. Sólo la muerte podrá separarnos”.

Es un misterio que llega incluso a asustarnos, pero, poco a poco, nos damos cuenta que es Dios el que nos ha unido.

Me ocurrió a mí esto cuando, nada más sentir la llamada de Dios, conocí a Santa Teresita.

No es raro que ocurra también entre personas que aún viven las dos en este mundo. Suele ser más corriente que suceda entre personas de distinto sexo, pero no excluye lo contrario, pensemos, por ejemplo en San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier.

Grande es la misericordia de Dios y su confianza en sus criaturas al “escondese” en alguna de ellas para atraer hacia sí a otras.

La lluvia divina deja una gota en alguna persona, para que otras vean a Dios reflejado en ella. Esa gota divina es el espíritu al que Dios se une de tal manera que puede ser visto por otra, quedando unidos los tres para siempre.

Esa unión de Dios con el espíritu del hombre se manifiesta al exterior en una especie de belleza transparente, como ocurre con la gota de agua en la que se refleja el sol.



JESUCRISTO

¡Qué grande y profundo es tu misterio, Señor!

Decía tu amigo Juan de la Cruz, que en ti hay una mina con inmensidad de filones de oro, y que por más que descubramos nunca llegaremos a agotarlos.

Quiero ser uno más de esos “mineros” buscadores del oro de tu misterio, plenamente convencido de que, cuanto más descubra de tu misterio, más descubriré del mío.

Como siempre y en todo, quiero estar de acuerdo con tu Iglesia. Si en algo no coincidieran mis “excavaciones” en las galerías de tu mina insondable, me faltará tiempo para retractarme.

El primer filón, nunca agotado por nadie de los que en él han excavado, es el de tu **encarnación**, es decir, el de unión de tu divinidad y tu humanidad.

ERES DIOS Y HOMBRE VERDADERO.

¿Cómo sería el descubrimiento personal que hiciste de ti mismo?

Seguramente Tú fuiste el primer “minero” que excavó en tu propia mina.

Desde que empezaste a razonar como niño que se abría al misterio de la vida, tu Madre y San José te enseñarían lo que ellos supieran de la revelación de Dios a los hombres por medio de Moisés y los Profetas.

¡Qué bonito tuvo que ser ese descubrimiento para ti! También lo es para nosotros, simples hombres y mujeres, pero en tu caso era muy distinto, porque a la vez que oías la voz de María y de José, oías otra interior, por aquello de tu gran misterio de ser hombre verdadero y Dios.

Poco a poco, como todos los niños, aprendiste a leer, y ¡qué bonita y profunda sería “tu léctio divina!” Al leer la Palabra de Dios oirías un eco misterioso dentro de ti, porque eres Dios y hombre.

¿Cómo era, Señor, el conocimiento que tenías de tu misterio personal cuando eras niño? ¿Sabías claramente que eras Dios, o vivías de fe a semejanza de nosotros?

La carta a los hebreos dice que **“eres el que inició y completa nuestra fe”, “el pionero de nuestra fe”**.

Cuando leíste por primera vez el poema del Siervo de Yavé, ¡qué vibraciones sentirías dentro de ti!

Tuviste que ser un niño muy especial; muy reflexivo.

En más de una ocasión, que es la que nos es conocida, tuviste que ser “un problema” para tu madre y para el que hacía las veces de padre tuyo sin serlo, San José.

Sin decirles absolutamente nada a tus padres te quedaste en Jerusalén. ¡Qué angustia la suya durante tres días de búsqueda!

Al encontrarte tu madre, después de haberte dado multitud de besos porque era tu madre, te dijo:

“Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados”.

Tú les contestaste:

¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?”

¡Qué desconcierto el de tu madre y el de José!

Tu respuesta hace entrever que ya estabas descubriendo tu misterio personal. No obstante **“volviste con ellos a Nazaret y seguiste bajo su autoridad”**.

¡Cuántas veces tu Madre te observaría a escondidas!

Creo yo que muy pronto, en tus ratos de reflexión personal, empezarías a decir a media voz: **“¡Abbá! ¡Papá!”**

Al principio creerías que José era tu padre. Su cariño y cercanía te ayudaría a descubrir **“el otro Padre”**.

Seguro que de niño a José le llamarías **abbá**.

Tu filiación divina, desde dentro, te daría, poco a poco, conciencia de que eras Hijo de Dios, y la vivencia familiar con José te ayudaría mucho al descubrimiento de tu gran misterio personal.

Nosotros, pobres pecadores, tardamos mucho en conocer nuestro misterio y nuestra vocación en esta vida.

En la adolescencia y juventud el descubrimiento de la vida y del amor humano nos lleva hacia fuera de nosotros mismos. Tú Padre, desde dentro nos llama a algunos a tu seguimiento.

Un día y de una manera que nunca sabemos bien cómo fue, oímos la voz del Padre.

Nuestra respuesta unas veces es pronta y juvenil. Nada ni nadie puede detenernos en el seguimiento de esa llamada. Otras veces es un drama seguirla. Todo nuestro ser se resiste. Por si fuera poco tampoco nuestros padres humanos comprenden que tengamos que vivir en la casa de nuestro Padre...

¡Qué angustia y qué dolor puede causarnos seguir la llamada del Padre a tu seguimiento!

Tú que eras hombre verdadero tuviste que descubrir como nadie la riqueza que tu Padre ha depositado en la mujer. Primero lo descubrirías, como nos ocurre a casi todos, en la ternura y la fortaleza del amor de tu madre. Siendo adolescente y joven lo descubrirías en las jóvenes de tu pueblo, bien fueran de tu propia familia o de otras.

La búsqueda de tu propio misterio y la atracción que desde dentro sentías hacia tu Padre, ni remotamente te dejaron pensar en un posible matrimonio con alguna de ellas, pero pudo ayudarte para celebrar otro matrimonio muy superior con lo que viniste a hacer al encarnarte: **FUNDAR LA IGLESIA**.

Seguro que, aunque Tú te dedicabas a la búsqueda constante de tu propio misterio, las jóvenes te veían totalmente diferente de los demás.

Más adelante en el tiempo hubo otras mujeres a las que quisiste mucho y ellas a ti. La delicadeza y generosidad de su amor te hizo valorarlas de muy distinta manera que la mayoría de los hombres.

¡Cuánta riqueza y delicadeza descubrirías Tú en la mujer!

La consecuencia lógica fue que la mujer te amó mucho a ti, y Tú a ella. Hiciste de ella **UNA AMIGA**, como se ve claramente en Marta y María de Betania.

Con tu mirada de eternidad veías en María esa parcela de tu Iglesia que eligió la mejor parte, la vida contemplativa, en la que tantas mujeres y hombres casi con corazón femenino, se sentarían a tus pies, a lo largo de los siglos, para escuchar tu Palabra. En Marta descubrías la acción apostólica y caritativa de tu Iglesia hasta el fin de los tiempos.

Nosotros, en el cumplimiento de la misión que Dios nos ha confiado, a veces nos encontramos con “nuestra mujer” y lo pasamos mal, porque la búsqueda de la voluntad de Dios sobre nosotros no es de la magnitud y profundidad de la tuya.

En ti todo quedaba absorbido por el cumplimiento de tu misión; en nosotros este encuentro puede absorber nuestra misión.

¿Cómo fue tu relación con María de Betania? Ella es seguro que te quería mucho y Tú a ella también, así lo dice el Evangelio: **“Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro”**.

No sabemos cómo y por qué conociste a esa familia e ibas a su casa con alguna frecuencia.

Tengo la certeza de que María era una de esas mujeres semejante a un lirio blanco y azul, quiero decir, pura y de belleza transparente.

Cuando os visteis por primera vez, tu mirada de eternidad veía su intimidad pura y limpia. María veía en ti un hombre distinto de todos y con una profundidad en su mirada que se asustaría un poco. Lo cierto es que entre los dos nació un lazo cariñoso.

Al oírte hablar, se sentó a tus pies porque tus palabras calaban hasta lo más profundo de su espíritu. Te miraría y Tú a ella, y se quedaría un poco embobada. Tú absorbías su cariño en el tuyo y lo orientabas hacia tu Divinidad, es decir, hacia Dios.

Con el correr de los años y de los siglos, serán muchas las mujeres y los hombres limpios de corazón, que se sentarán a tus pies para leer tus palabras, las que conocemos por los Evangelios y por el resto de la Sagrada Escritura. Esta escucha atenta, semejante a la de María de Betania, nos llevará en una primera etapa de nuestra vida a amarte como Hombre, a amar tu Humanidad. Luego Tú absorberás nuestro amor en tu amor y nos harás pasar al amor de tu Divinidad.

Nunca dejaremos de amar tu Humanidad en y con la que te entregaste a la muerte por nosotros, pero como María nos hundiremos en tu Divinidad.

¡Cuánto tienes que ayudarnos, Señor, cuando entre un hombre y una mujer que son tuyos por haberlos llamado a tu seguimiento se crea una relación de verdadera amistad y de amor semejantes al tuyo con María, Marta y otras mujeres!

Sin darnos casi cuenta podemos quedar muy apegados, sin que nuestro amor sea absorbido por el tuyo. Somos así de pobres y pecadores. Con tu ayuda será una relación enriquecedora para los dos y nos puede dar una madurez humana y espiritual muy grande, que nos libere de muchas cosas pequeñas que a veces no nos dejan volar por el espacio casi infinito de tu amor y de la escucha de tu Palabra.

La búsqueda constante del descubrimiento y del cumplimiento de tu misión te daba facilidad para superar todos los obstáculos que pudieran aparecer y que aparecieron en tu camino hacia ese cumplimiento.

Paulatinamente fuiste descubriendo la envergadura de tu misión y el fin trágico que te esperaba.

Como eras un Hombre de una delicadeza exquisita y de una profundidad abismal, veías como nadie la belleza del amor humano.

Tal vez, y esto es un gran atrevimiento pero hecho con sencillez y respeto, te dijeras alguna vez:

“Tengo que perder la vida para cumplir mi misión”...

En seguida levantarías los ojos al cielo y dirías lo que después enseñarías a tus seguidores:

“HÁGASE TU VOLUNTAD”.

También muchos de los miembros de tu Iglesia, incluso de los que se sientan a tus pies para escuchar tu palabra, sufren la prueba de pensar que **“están tirando su vida a la basura”**.

Son momentos o largos años difíciles, porque no son capaces de darse cuenta de lo cerca que están de ti en esa prueba. Tú la sufriste antes y la superaste, para que tus seguidores pudieran superarla también, y hasta gozarse de saber que **“están perdiendo la vida por amor a ti y al Evangelio”**.

¡Cuánto necesitamos conocer y meditar tu vida!

Nadie como Tú pudo haber “luchado” contra los que se te oponían. Nosotros somos bastante intransigentes con quienes no piensan como nosotros. **“Tú fuiste manso y humilde corazón”**.

“Hiciste y dijiste todo lo necesario para que creyeran en ti”, sin embargo no creyeron y te quitaron de delante, clavándote en una cruz.

Ellos no se daban cuenta de que al condenarte a muerte te estaban ayudando a cumplir tu misión. Fue una ayuda no buscada ni mucho menos querida por ellos, pero, **“¿no era necesario que el Mesías padeciera todo esto para entrar en su gloria?”**

No hay duda, Señor, de que eres Tú quien dirige los destinos de la historia y de cada hombre en particular.

Cuando alguien pierde la cabeza y se dedica a luchar contra ti, acaba haciendo lo que Tú quieres.

Y siempre será actual la oración de tu Corazón manso y humilde cuando te clavaban a la cruz.

“PADRE, PERDÓNALOS PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN.”

A excepción del demonio y de los demás ángeles que le siguieron, ¿habrá alguna persona humana que sepa bien lo que hace cuando peca, queriendo ser como Dios?

No digo que no lo hagamos con libertad, pero vivimos en la fe, y no somos capaces de saber bien lo que es ofenderte. Bueno, así me parece a mí. San Pablo dice que **“si te hubieran conocido nunca hubieran crucificado al Rey de la gloria”**.

No es raro que nos quejemos de lo difícil que es vivir en la fe y de fe. Nadie te sería fiel hasta la muerte si no fuera porque Tú le sostienes en ese diario amar sin ver.

Además infundes tu Espíritu en nuestros corazones y, como Él sí te ve porque es tu Espíritu Santo, **“nos mantiene siempre en tu presencia”**.

Siempre es el amor el que nos da la victoria. Con razón dijo un siervo tuyo bueno y fiel: **“Nosotros creemos porque amamos”**.

En todos tus seguidores, sobre todo en los momentos difíciles en los que tan duro resulta seguirte y en los que, de una manera o de otra, hacemos nuestra esta oración de uno que pasó antes que nosotros por la prueba: **¿Por qué te quedas lejos, Señor, y te escondes en el momento del aprieto?**, en todos, digo, se cumplen estas palabras de tu Apóstol Pedro:

“Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna”.

Cuando se te conoce como lo que eres, Dios y hombre verdadero, ya no somos capaces de ponernos al servicio de nadie. Tú te escondes, pero nosotros no somos capaces de huir de ti.

Té en la cruz no podías huir porque estabas clavado a ella, pero, si hubieras podido, no habrías huido. Tu amor al Padre era infinito y te impedía dejar de cumplir su voluntad. Nosotros te amamos con nuestra pequeña capacidad, pero nos ocurre algo parecido a lo tuyo, y **te seguimos porque te amamos**.

Tú que eres el pionero de nuestra fe, enséñanos a vivir en la fe. Para ello infúndenos tu Espíritu Santo, tu Amor. Él nos hará triunfar, porque haremos nuestras esas palabras ya citadas: **“CREEMOS PORQUE AMAMOS”**.



PERDON

En esta asignatura, Señor, necesitamos mucho tu ayuda, porque no es fácil saber perdonar tal y como Tú nos mandas.

Algunas veces, supongo que de broma, no falta quien dice que te equivocaste al decir que había que perdonar al enemigo, y que lo que había que hacer con él es retorcerle... el pescuezo.

Se trata, es verdad, del enemigo que parece esforzarse por hacerte el mal de la manera que sea y que te guarda todas las que le hayas hecho, aun cuando se las hayas hecho por su bien.

Nadie como Tú sabes lo retorcidas que son, o somos, algunas personas. ¡Qué paciencia la tuya con toda clase de personas!

Lo que sí es verdad es que en nada como en esto podemos de verdad ser como Dios, como Tú, Señor.

Queremos ser como Dios, pero para suplantarte, no para imitarte. La herida del pecado original es tan grande y profunda que quisiéramos hacerte desaparecer para sentarnos nosotros en tu trono divino.

No somos capaces de comprender cuánto nos asemeja a ti el perdón a nuestros enemigos.

En primer lugar deberíamos preguntarnos si, por ser pecadores como lo somos, podemos considerar a alguien como enemigo.

¿Quién es el hombre, cargado de pecados desde el momento de nacer, para tener a alguien como enemigo?

Por causa de la herida original nacemos todos como enemigos del pecado de los demás, pero no como enemigos de nuestro pecado propio y personal.

La primera consecuencia nefasta del pecado es que nos ciega para ver lo nuestro, y nos abre mucho los ojos para ver lo de los demás.

Por lo general las personas que más hacen sufrir están cargadas de defectos, miserias y pecados personales, pero no los ven. Sí que ven muy bien las miserias de los demás, y tienen la desvergüenza de criticar lo de los demás que por lo general es mucho más pequeño que lo suyo.

Esta ceguera personal es la causa de todos los males, porque si viéramos nuestros pecados, nos resultaría facilísimo perdonar los de los demás.

Estas personas ciegas para lo suyo y de muy buena vista para lo de los demás, contra su propia voluntad, nos ayudan a corregirnos, porque al echarnos en cara nuestras miserias y defectos, nos mueven a examinarnos de nuestra conducta. En esto se parecen un poco al demonio, que, al tentarnos y vencer su tentación con la ayuda de Dios, nos hace adelantar en el camino del bien. Esta debe de ser una de las mayores causas de dolor del maligno, porque se da cuenta de que coopera con Dios para nuestro provecho, cosa que jamás quiere hacer.

Siempre será verdad que la persona que aspire a la santidad tiene que sufrir mucho, porque las otras que no se preocupan de eso o sólo en un grado muy pequeño, se meterán con ella y la harán sufrir.

Es entonces cuando se verá de verdad si tienden a la santidad o solamente es una apariencia. Si es verdad tendrán que perdonar sin cansarse, y hacer muy suyas las palabras de Jesús, cuando le clavaban a la cruz:

“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.”

La persona que vive cerca de Dios es enriquecida con la mirada de eternidad que la capacita para descubrir la profundidad de todo, principalmente de las otras personas humanas, y más que condenar cuando alguien la hace mal, se compadece, porque nadie que se conozca a sí mismo hará daño conscientemente a otra persona.

Es San Pablo quien dice que, **“si los judíos hubieran sabido quién era Jesús nunca hubieran crucificado al rey de la gloria.”**

No sé si habrá alguien tan sumamente malo que haga el mal conscientemente; se puede decir que siempre hacemos el mal so capa de bien. Lo que ocurre es que el deseo de ser como Dios es muy profundo en nosotros, y fácilmente nos oponemos a quien no piensa como nosotros.

De nuevo aparece con luz meridiana la importancia de la humildad porque, como la definió San Bernardo **“es la virtud por la que el hombre al conocerse perfectamente se menosprecia a sí mismo.”**

El humilde es el único que no quiere ser como Dios, y es también el único que llega a ser como Dios, porque Dios se vuelca en él y le llena de su gracia.

Según mi modo de ver las cosas, Dios no tiene enemigos, y el que se considera enemigo de Dios sólo lo es de sí mismo. El hombre, el ángel y todas las criaturas posibles tenemos muy poca categoría para ser enemigos de Dios. El mismo Lucifer es enemigo de sí mismo, porque consideró que Dios era semejante a él. Pero como era muy perfecto quedó estabilizado en su maldad y constantemente está luchando contra sí mismo, ya que al tentarnos y no vencernos, se ve derrotado hasta por una simple criatura humana que es muchísimo más pobre que él.

Dios no tiene enemigos, por eso siempre responde con el perdón a todo el que se arrepiente de su conducta equivocada.

El hombre rencoroso, que no sabe perdonar, está muy lejos de ser como Dios, y eso que por su manera de proceder está demostrando que su mayor deseo es ser como Dios. Lo que ocurre es que quiere ser **COMO SU DIOS**, el que él se ha fabricado.

La humildad de Dios siempre será escandalosa para el hombre soberbio, en cambio para el humilde será la gloria de su vida, porque nunca tendrá enemigos y siempre sabrá perdonar al que, intentando hacerle mal, se lo ha estado haciendo a sí mismo.

Desde el origen del mundo son muchas las personas que han muerto y seguirán muriendo a manos de quienes no han sabido perdonar, pero los que de verdad han muerto son los que los han matado a ellos.

Quien no sabe perdonar será del grupo de **“los que han hecho la guerra a Dios”** y, como es de suponer, han acabado derrotados.

Cuando llegue el juicio final, todos oiremos aquello de **“tuve hambre y me disteis (o no me disteis) de comer” etc.**, y bastante asustados nos daremos cuenta de la presencia misteriosa del Hijo del Hombre en todas y cada una de las personas que hemos existido a lo largo de los siglos.

Quien no haya sabido perdonar al que le haya ofendido, comprenderá también que le negó el perdón al mismo Hijo del Hombre, es decir, al mismo Dios humilde que en el ofensor les pedía perdón.

Siempre debemos intentar ser como Dios, pero positivamente. Lo más propio de Dios siempre ha sido el perdón. El que no sepa perdonar a quien le haya ofendido está muy lejos de ser como Dios. Es como **SU DIOS**, siempre vengativo y cruel, y nunca humilde.

Será también una persona que está muy lejos de conocerse a sí misma, y de vivir a la altura de su misterio y grandeza de ser humano. Andará muy cercano a un animal salvaje que mata y destroza para **SU PROPIA SATISFACCIÓN**.

“Perdonad y seréis perdonados, porque la medida que uséis la usarán con vosotros.”

¿Cómo vamos a rezar el Padrenuestro si no perdonamos a los que nos han ofendido?



SUFRIMIENTO

Este es otro tema para el que necesitamos mucho tu ayuda, Señor. Por instinto todos huimos del dolor y del sufrimiento, tanto corporal como espiritual. Tú no nos creaste para sufrir sino para ser felices.

Aunque no podemos saber bien qué es lo que el autor nos quiso decir, lo cierto es que en las primeras páginas del Génesis se dice que **“a la hora de la brisa bajabas a pasear por el paraíso en que vivían Adán y Eva”**.

Sin duda alguna nuestros primeros Padres eran humildes.

Casi desde el comienzo de la creación de los ángeles, uno de los más perfectos, o tal vez el más perfecto de todos, quiso ser como Dios, como Tú, para suplantarte y ocupar tu trono. Los otros ángeles, encabezados por el arcángel San Miguel, le declararon la guerra y lo vencieron, siendo arrojado del cielo para siempre.

Se endureció en su soberbia y se declaró tu enemigo mortal. Como a ti no podía ni puede hacerte daño alguno, ni tampoco a los ángeles buenos, que se estabilizaron en la humildad, decidió hacer daño a otras criaturas creadas por ti, a los hombres y las mujeres.

Enseguida se dio cuenta de que, mientras fuesen humildes no podría hacer nada con ellos, por eso decidió inculcar en sus corazones el virus mortal de la soberbia.

Es tan instructivo el pasaje bíblico que voy a copiarlo íntegramente. Antes hay que decir que el demonio es tan horroroso que nunca se acerca a tentar a nadie tal y como es. En esta ocasión se disfrazó de serpiente. La razón es que entre el hombre y toda la creación había una familiaridad tan grande que se entendían de alguna manera; no había enemistad como la hay ahora.

“La serpiente era el más astuto de los animales del campo que el Señor Dios había hecho. Y dijo a la mujer:

--¿Cómo es que os ha dicho Dios que no comáis de ningún árbol del jardín?

La mujer respondió a la serpiente:

-- Podemos comer de los frutos de los árboles del jardín; solamente del árbol que está en mitad del jardín nos ha dicho Dios: “No comáis de él ni lo toquéis bajo pena de muerte.”

La serpiente replicó a la mujer:

No moriréis. Bien sabe Dios que cuando comáis de él se os abrirán los ojos y seréis como Dios en el conocimiento del bien y del mal.

La mujer vio que el árbol era apetitoso, atrayente y deseable porque daba inteligencia; tomó del fruto, comió y ofreció a su marido, el cual comió.

Entonces se les abrieron los ojos a los dos y se dieron cuenta de que estaban desnudos; entrelazaron hojas de higuera y se las ciñeron.”

Después de este cataclismo universal, Dios impone un castigo a su desobediencia:

“A la mujer le dijo: “Mucho te haré sufrir en tu preñez, parirás hijos con DOLOR, tendrás ansia de tu marido, y él te dominará.”

Al hombre le dijo: “Porque le hiciste caso a tu mujer y comiste del árbol del que te prohibí comer, maldito sea el suelo por tu culpa: comerás de él con fatiga mientras vivas; brotará para ti cardos y espinas, y comerás hierba del campo. Con SUDOR DE TU FRENTE comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella te sacaron; pues eres polvo y al polvo volverás.”

Vemos con claridad que **el dolor y el sudor** tienen su origen en la desobediencia de nuestros primeros Padres; en su deseo de **ser como Dios**.

YA NO SERÁ POSIBLE VOLVER A DIOS SI NO ES POR EL CAMINO DE LA HUMILDAD Y DEL DOLOR Y EL SUDOR.

Pasarán muchos siglos de dolor y de sudor hasta que, al llegar la plenitud de los tiempos, aparezca en la tierra el Hijo de Dios, en la más profunda humildad y rodeado de dolor y de sudor.

Un día, fatigado del camino y sudoroso, se sentó junto al pozo de Sicar esperando la llegada de una mujer pecadora necesitada de salvación.

Esta mujer es un símbolo de toda la humanidad, de ti y de mí, que ni siquiera sabemos por qué vamos todos los días al pozo de esta vida, incapaz de apagar la sed de nuestro corazón.

Allí, en el brocal del pozo de la Vida que es Jesús, sudoroso y dolorido del camino y con una humildad que pide de beber a la pobre mujer, a ti y a mí, allí, repito, encontramos el camino para volver a Dios del que nos habíamos apartado por nuestra soberbia de querer ser como Dios.

Al ver a Jesús humilde, dolorido y sudoroso, comprendemos muy bien que en la vida de regreso hacia el paraíso perdido tenemos que seguir los pasos de Jesús. Él bajó del paraíso al mundo, para que nosotros subamos por el mismo camino por el que bajó Él: **HUMILDAD, DOLOR Y SUDOR.**

Ahora no se aprecia mucho el dolor y el sudor en el camino espiritual; se ha descubierto que el cuerpo es parte esencial del hombre, y hay que cuidarlo.

Antes se meditaba mucho sobre la pasión de Cristo. La imaginación lo veía clavado en la cruz, herido y ensangrentado. Se meditaba también sobre la vida oculta del Señor, y nos admirábamos de su humildad y obediencia.

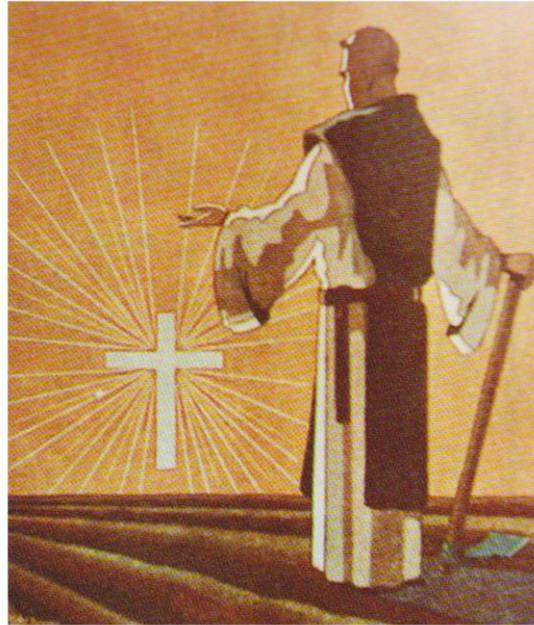
Ahora con estas ideas de la personalidad y la realización personal, nos olvidamos bastante de la vida de Cristo.

Antes y ahora **“los santos nos enseñan a vivir”**, porque ellos siguen las huellas de su Señor: **HUMILDAD, DOLOR, SACRIFICIO, PENITENCIA, SUDOR...**

Nosotros nos realizamos mucho; los santos se realizan en Cristo, y llegan a decir: **“Vivo yo, pero ya no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí.”**

En la vida cristiana y aún más en la vida consagrada es necesario volver a valorar el sacrificio, la penitencia, la negación de uno mismo. Y sobre todo es necesario volver a valorar la humildad y la obediencia.

Si queremos volver al paraíso perdido de nuestro corazón y al final de nuestra vida, al cielo, tenemos que subir por el mismo camino por el que bajó Jesucristo a este mundo, y vivir como Él vivió entre nosotros para poder llegar a la santidad, y así ser de verdad como Dios.



Ora et labora

CRUZ

San León Magno dice: **“No hay otra razón de que el Hijo de Dios se haya hecho hombre que la de poder ser crucificado.”**

Tú, Señor, dijiste que **“en la casa de tu Padre hay muchas moradas”**. Sin duda que es así, porque el cristianismo se vive de muy diversas maneras, mejor, a muy diversas profundidades o alturas.

Los fieles sencillos, que son los que a ti tanto te gustan, te quieren a ti en la cruz y procuran cumplir tus mandamientos como pueden, a veces con verdadero espíritu de sacrificio.

Los más formados, ¡qué cosas ocurren!, a veces se dedican a buscar cinco patas al gato y crean confusión.

Otros, profundos pero sencillos y obedientes, aunque no sean muy apreciados por los buscadores de la quinta pata del gato ni por sus seguidores, poco a poco, van descubriendo la riqueza del cristianismo y la viven con la profundidad y altura que tú les pides.

Tu encarnación es un misterio tan profundo que supera la capacidad del mayor de los teólogos. Todos dicen algo, pero no pueden agotar su riqueza.

El Concilio Vaticano II dice que **“al encarnarte te uniste, en cierto modo, a todo hombre.”**

Es cierto que personalmente sólo te uniste a uno, pero es como el representante de toda la humanidad. En ese hombre sufriste, moriste y resucitaste, por consiguiente en ese hombre todos sufrimos, morimos y resucitamos.

Al recibir el bautismo fuimos sepultados contigo en tu muerte, en tu resurrección y en tu ascensión.

Tenemos mucha más inclinación a aceptar nuestra unión en tu resurrección que en tu pasión, por eso no aceptamos muy bien la cruz en nuestra vida.

A lo mejor por eso de que **“en esperanza ya estamos salvados”**, empezamos a hacer distinciones y elucubraciones sobre la santidad de nuestro cuerpo, sobre que Dios no es masoquista, y otras cosas por el estilo, y vamos apartando la cruz de nuestra vida, y nos vamos privando, voluntariamente, de esa grandeza de que habla San Pablo: **“Suplo (o completo) en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo a favor de su cuerpo que es la Iglesia.”**

Además la cruz nos libera de todas las apetencias que se manifiestan en nuestro cuerpo, y vamos participando no de la resurrección sino de lo único de que podemos participar en esta vida: **LA TRANSFIGURACIÓN.**

Por medio de la aceptación amorosa de la cruz, **“nuestro rostro resplandece como el sol y nuestros vestidos se vuelven blancos como la luz”**, porque vamos descubriendo la riqueza de nuestra fe, y la participación misteriosa de nuestra vida en la encarnación del Hijo de Dios.

Como ya dije en páginas anteriores, hoy se valora muy poco la penitencia, incluso en la vida religiosa. Tenemos que cuidar el cuerpo, porque es santo. Ningún cuerpo más santo que el de Jesucristo desgarrado y ensangrentado en la cruz.

Si nos salvó por medio de sus heridas, la penitencia es indispensable en nuestra vida, si queremos suplir en nosotros lo que falta a su pasión a favor de su Iglesia.

Cuando amamos mucho a una persona y la vemos sufrir, daríamos algo por poder compartir con ella su dolor, la mitad para cada uno. Si amáramos mucho a Jesucristo, nos encantaría poder compartir con Él la cruz.

Lo que ocurre es que sabemos tanta teología que nos parece ridículo eso de compartir con Jesús su cruz. Aquello lo vivió Él y ya no hay nada que compartir. Tal vez nos viniera muy bien profundizar en la teología del cuerpo místico, y en lo que, siguiendo al Concilio, dije hace un poco de que al encarnarse el Hijo de Dios, en cierto modo se encarnó en todo hombre y mujer dejándonos algo para que completemos su pasión a favor de su Iglesia.

Todos anhelamos poder participar de su resurrección, pero somos muy remisos a la hora de participar de su cruz.

Para cada cristiano valen estas palabras de Cristo: **“¿No era necesario que el Mesías padeciera para entrar en su gloria?”**

Sólo hay que cambiar el nombre del Mesías y poner cada uno el suyo.

A medida que aceptamos nuestra partecita de su cruz, la luz de su transfiguración se va apoderando de nosotros, y empezamos a verlo todo con una mirada de eternidad que nos capacita para vivir en fraternidad con todos los hombres y mujeres y hasta con toda la creación.

Decía antes que a Jesús le encanta la gente sencilla, ésa que no sabe mucha teología pero la vive.

Pienso ahora en mi hermana Pilar. Lleva años postrada en cama, sin poder valerse por sí misma. Es posible que no sepa mucho de estas cosas que estamos tratando, como, por ejemplo, de la teología del cuerpo místico, pero, al aceptar con amor y generosidad su partecita de la cruz de Cristo, **“está completando en sí lo que falta a la pasión de Cristo a favor de su Iglesia.”**

No es el conocimiento el que nos salva sino la vida y el amor con que hacemos las cosas, aunque no sepamos muy bien la razón de lo que nos sucede.

Cuando tenemos un gran amor a Jesús crucificado aceptamos todo lo que venga sobre nosotros, aunque no entendamos nada con la razón. Aquí sólo vale el contenido de esta frase clásica en el camino de la vida espiritual y de la mística: **“AMOR IPSE INTELLECTUS EST”**, el amor es entendimiento. Traduciéndola con libertad podríamos decir que **“hay cosas que sólo las entiende el amor.”**

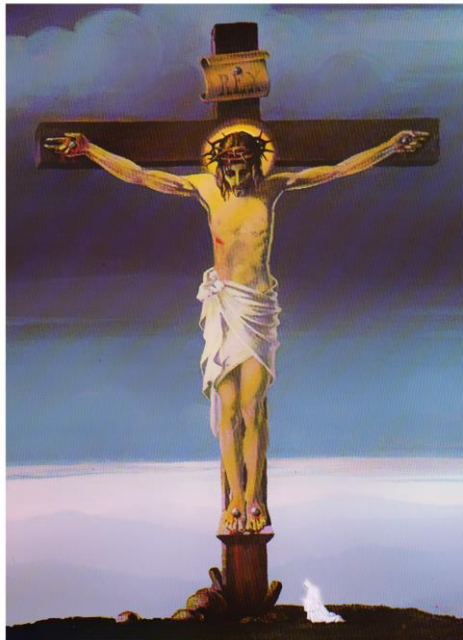
Siempre que se da un rechazo, más o menos fuerte, de la cruz hay que pararse a analizar cómo vive esa persona o personas que la rechazan.

En todo esto no se puede juzgar con criterios de razón. Sólo son válidos los criterios de amor.

San Pablo dejó escrito: **“El que no ame a Cristo sea maldito”**. Una frase así sólo puede haberla dicho una persona que ha comprendido, un poco al menos, **“lo que supera toda filosofía: el amor de Cristo”**, o como dice en otra parte: **“Vivo de la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó a la muerte por mí.”**

¡Cuántas personas sencillas, como mi hermana Pilar, están supliendo en su cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia!

Entre tanto “algunos teólogos de razón” no de corazón siguen buscando la quinta pata de gato, sin darse cuenta de que es el rabo, no una pata



Es en la Cruz donde siempre he hallado consuelo.
 Es en la Cruz, donde he aprendido lo poco que se.
 Es en la Cruz, donde he hecho mi oración.
 Por eso..., al ver la divina escuela de tu Cruz, no permitas
 que me aparte de Ti.

BEATO RAFAEL

PORLACRUZ A LA LUZ ALEGRÍA

En este momento de la Historia de la Humanidad la gente parece disfrutar mucho. Hay muchas cosas orientadas a que tengamos alegría y disfrutemos de la vida.

Hace unos años, en una zona de Galicia donde celebran mucho el carnaval, pusieron como eslogan esta frase: **“Y total hay que morir.”**

Parece mentira que una nación que hasta hace pocos años era ejemplo de “cristiandad” haya llegado tan bajo en la vivencia de los valores cristianos. Esta frase es igual que aquella del Antiguo Testamento que decía: **“Comamos y bebamos que mañana moriremos.”**

Entre tanto la gente ríe y disfruta de la vida, pero como no sabe ni por qué vive ni mucho menos por qué muere, tiene un vacío existencial, que intenta llenar con nuevas experiencias cada día que amanece.

En este momento en que estoy escribiendo está nevando. Al ver caer la nieve, me he acordado de unos versos que compuse hace ya bastantes años y que dicen así.

**“Muchas veces nuestra vida
es como un copo de nieve.
La fuerza de gravedad
tira de él hacia la tierra,
pero, como pesa poco,
es juguete de los vientos
antes de llegar a ella.”**

Pocas veces el hombre y la mujer han debido de ser tan superficiales como ahora. Dios “tira” de nosotros hacia Él, porque estamos hechos a su imagen y semejanza y “Él es nuestro Fin y nuestro Principio”, pero como somos tan superficiales que no tenemos peso específico, vamos dando bandazos por la vida.

Hay otras personas que ríen menos, porque tienen que cumplir la misión de empujar a otras hacia Dios, pero, como tienen un norte claro en sus vidas, gozan de una paz interior muy grande que genera en ellos una fuente de alegría.

Los que caminan a bandazos se ríen de ellos, pero su alegría les da una superioridad sobre los demás y les hace caminar alegres hacia su Fin.

La verdadera alegría no consiste en cosas exteriores, sino que brota de lo profundo del corazón.

Siempre me ha impresionado el Cristo del Castillo de Javier. Está crucificado pero sonríe.

Grande y profundo fue el dolor de Jesús en la cruz, pero sufría y moría por nuestra salvación, y dar la vida para salvar a otras personas debe dar mucha alegría. Sufrimiento y alegría no son incompatibles.

San Pablo recoge una frase de Jesús que no citan los Evangelios. Es ésta: **“HAY MÁS GOZO EN DAR QUE EN RECIBIR.”**

Nosotros tenemos tendencia a poseer, y no nos resulta fácil comprender el gozo de dar.

Tal vez nos resulte tan difícil porque al dar hay que olvidarse de sí mismo y pensar en el otro, en los demás.

¡Cuántas veces decimos que tenemos derecho a ser felices!

Jesús en la cruz se olvidó de sí mismo para buscar la felicidad de los demás, por eso pudo sufrir y sonreír al mismo tiempo.

Una vida que se da por los demás, en cumplimiento de una misión especial de Dios, gozará siempre de una alegría misteriosa que desconcierta a los que se relacionan con ella.

Esta alegría será fruto de la paz profunda de su corazón; paz muy semejante a la que inundaba el Corazón de Jesús.

La sonrisa de la cruz será una bendición para este mundo tan lleno de ruido y de jolgorio pero falto de la alegría de la donación en favor de los demás.

Muchos cristianos y católicos se van al oriente en busca de la realización personal y de más alegría que en la Iglesia. Si hubiesen aprendido a darse a sí mismos, buscando la felicidad de los demás no se les ocurriría ir a otro sitio a buscar la paz y la alegría.

Seguir las enseñanzas de Jesucristo no es cosa fácil.

Olvidarse de uno mismo, para hacer felices a los demás, es la plenitud de la vida cristiana.

“NADIE TIENE AMOR (Y ALEGRÍA) MÁS GRANDE QUE EL QUE DA LA VIDA POR SUS AMIGOS.”

Esta donación de la vida por los demás adquiere muchos matices en la Iglesia: El Papa por toda la Iglesia, el Obispo por su diócesis, el Párroco por su parroquia, el laico por su familia, en su trabajo y en su vida social, y un largo etc., porque en la Iglesia todos tenemos que vivir prestando un servicio a favor de los demás.

Quiero fijarme en la entrega de la vida por los demás de un monje o una monja de clausura.

Los demás tienen un campo concreto en el que entregar su vida por los demás, el monje y la monja viven siempre en un monasterio, con las mismas personas, su campo de acción es aparentemente muy reducido.

En los planes de Dios, una monja y un monje tienen que dilatar mucho su corazón, para introducir dentro de él al mundo entero.

Si vive con fidelidad y amor su vocación, día tras día está dando la vida por sus amigos, por toda la Iglesia y por el mundo entero.

Tiene que vivir esta entrega en la fe más absoluta, sin ver fruto alguno de su donación de la vida.

Sólo verá el fruto de su entrega en el cielo.

Por si esto fuera poco, no faltan personas bien intencionadas que dicen más o menos: **“¿A qué viene ese derroche?” Con las cualidades que esa monja o ese monje tienen podrían hacer mucho apostolado.”**

Sin ver ni sentir nada tienen que seguir, seguir, seguir... **“como si ya hubiesen visto al invisible.”**

Llega por fin el día en que ya no piensan para nada en sí mismos, y es el momento de la verdadera alegría, porque es una donación en la fe más pura, y, aunque a los ojos de muchos puedan parecer **“un cacharro inútil”**, como dice el salmista, a los ojos de Dios son muy semejantes a Cristo que se entregó por nosotros, cuando éramos pecadores, sin esperar otra recompensa que nuestra felicidad.

No obstante, es esa entrega la que llena de paz y de alegría el corazón de la monja y del monje, porque se cumplen en ellos lo que Jesús dijo de sí mismo:

“CUANDO SEA ELEVADO SOBRE LA TIERRA, ATRAERÉ A TODOS HACIA MÍ.”

El monje y la monja fieles, que se entregan para cumplir su misión y para el bien de la Iglesia y del mundo, al ser elevados sobre la tierra atraen a Dios hacia sí, y a todos hacia Dios.



ÍNDICE

Introducción.....	4
La alegría del Evangelio.....	5
¿Qué es el hombre?.....	10
Amor.....	14
Oración.....	26
Fe.....	20
Esperanza.....	23
Silencio.....	25
El gemido universal.....	28
Catolicismo.....	32
Felicidad.....	34
Temor de Dios.....	36
Mentira.....	38
Estrellas.....	40
Locura.....	42
Misiones fronterizas.....	45
Santidad.....	48
Dios y hombre verdadero.....	51
Bautismo.....	53
Islas de Dios.....	57
Oración cósmica.....	59
Lluvia.....	61
Jesucristo.....	63
Perdón.....	68
Sufrimiento.....	71
Cruz.....	74
“POR LA CRUZ A LA LUZ”. ALEGRÍA.....	77